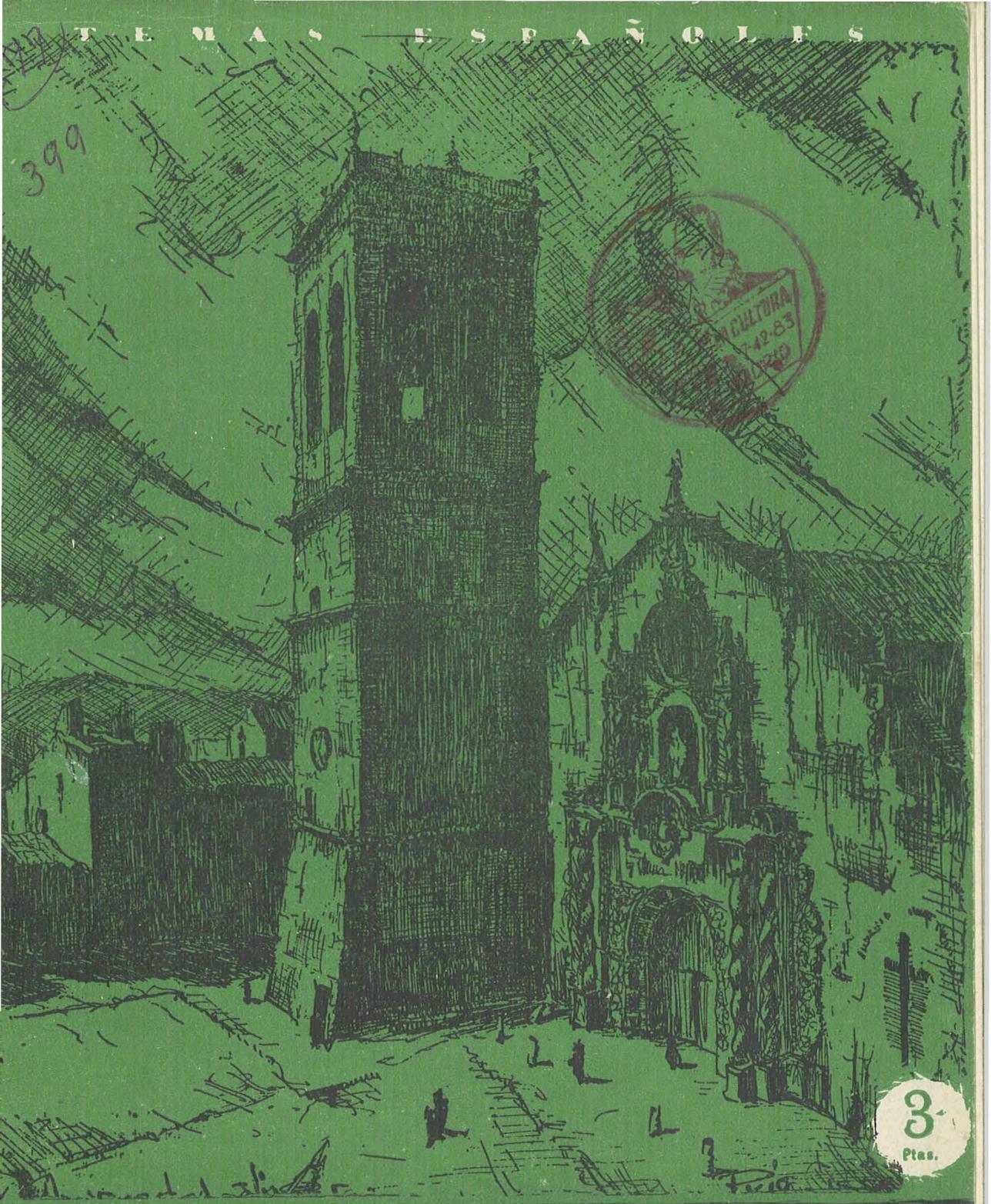


TEMAS ESPAÑOLES

399



3
Pts.

CASTELLON

TEMAS ESPAÑOLES

N.º 399

CASTELLON

POR

EMILIO FORNET DE ASENSI

Depósito Legal: M. 13.355-1959

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS

SERRANO, 23 - MADRID

1959

I

DEL LLANO A LA MONTAÑA, TESOROS DE FOLKLORE

Entretejadas de leyendas, tradiciones, fiestas religiosas y típicos bailes, las horas que entrañan y exaltan las esencias castillonenses, en su ciudad y poblados comarcales, desde la Plana al picacho ingente de Peñagolosa, son tesoros de folklore. Castellón es riquísimo en músicas populares como ritual no sólo de sus festejos, aunque sea especialmente en sus procesiones, romerías y Rosarios de la Aurora donde el pueblo danza y canta sus legendarios ritmos, sino que también los luce en sus jornadas laboriosas, en sus trabajos campesinos y en el primor ancestral de sus artesanías.

Donde con mejor tono se concentran y sobreviven al paso del tiempo, canciones y danzas, es, desde luego, en la pureza de costumbres y labores populares, de la montaña, y, sobre todo, en Morella —Morella del Maestrazgo—, donde todavía pervive la medieval muralla, donde los palacios ostentan nobles escudos y en cuyos obradores se conservan aún las heredadas habilidades manuales que, en tiempos, dieron fama imperecedera a esa fortaleza impresionante, sobrecoyectora, donde el tiempo se ha detenido y las viejas piedras son pura evocación de un gran pasado de grandeza espiritual.

Morella, capital del Maestrazgo, acendra su santo aroma de religiosidad, que embalsaman las aromáticas hierbas de la montaña, como ungiéndola de un bálsamo que la preservara, en cuerpo y alma, del olvido y la muerte; porque ahí se yergue su castillo, ahí serpentean, como en las

antañonas horas del Medievo, las angostas callejitas pinas, las señoriales mansiones, los pórticos que tienen todavía un sabor moruno, las hornacinas de cerámicas con rosas silvestres, en un ángulo o esquina de un recodo, y sobresaliendo de todo ello, la maravillosa Arciprestal, de sobria y elegante traza arquitectónica, y, luego, su acueducto, y en lo alto, cimero, el Santuario de Vallivana, fuente de festejos, donde el alma artista y heroica de la villa realenga se manifiesta y os conmueve, en su arcaica elegancia.

Morella viene celebrando, desde el año 1672, unas Fiestas Sexenales, donde el tesoro folklórico de Castellón despliega sus tapices, sus rosas y sus aires de danza. En esa fecha del siglo XVII, la villa fue flagelada por una epidemia de peste que diezmó sus poblados. Para conjurar la desgracia, el sentimiento siempre puesto en lo Alto, en lo Eterno, en el Cielo, Morella llevó en procesión votiva a la Virgen de Vallivana por las callejas tortuosas, en esguinces, y a la augusta sombra de sus palacios de abolengo; y la epidemia cesó, con que en acción de gracias, de seis en seis años, celebra de nuevo la hermosura procesional, en la que Morella pone toda su alma, y la que nunca debió ser olvidada inspiración de su folklore. Ese tesoro folklórico, a Morella le surgió de su fondo laborioso, porque el trabajo hecho con amor surge siempre, en su evangélica pureza, de ritmos hondos de la raza y sentimientos profundos frente al misterio de la Vida y la Muerte. No es de ignorar que las tierras castillonenses, con Morella a la vanguardia, fueron famosos talleres, ilustres obradores de las artesanías medievales. Antes de la Reconquista, en el siglo XIII, ya resonaba Morella de telares y

jovialidad es característica, es su constante. Hasta hace poco, le vivía su poeta más representativo de su carácter: Bernart Artola, que murió en Madrid; inteligencia clásica, latina, de la más arraigada intelectualidad occidental, dejando mucha obra inédita, pero con lo que publicó, hubo bastante para que se eternizara su nombradía, sobre todo en su Castellón nativo, donde dejó joyas que traslucen, con maravilla del dominio del idioma vernáculo, valenciano, la profunda lealtad al origen —Ausias March—, con la vena jovial, humorística que campea en su «Pregón» de la fiesta castellonense —o «Castellanera», como allí dicen— de «La Magdalena». Caballeresca y jovial, era la musa de Bernart Artola. ¿Por qué es caballeresco Castellón? ¿Y por qué es jovial? Uno de los grandes aciertos del maestro don José Martínez Ruiz, «Azorín», cuando en 1905 deambuló por «La Ruta del Quijote», fue descubrirnos que Argamasilla de Alba, era «Un pueblo andante». Nacido en un determinado lugar de La Mancha, se había desplazado como los caballeros andantes que sorbieron el seso al hidalgo de la Triste Figura, a otro más propicio lugar. Como Argamasilla, Castellón es igualmente pueblo andante. Y ése es todo su secreto, de «Caballeresco», de fidelidad a la cuna antigua, que dejó atrás en la Edad Media, pero que no olvida nunca, recordándolo plástica y jovialmente, líricamente, también, con un sentimiento profundo, en esa gran fiesta de marzo, de la «Semana Magdalenera» de su romería tradicional a la ermita de Santa María Magdalena, y al eremitorio de la bellísima imagen de Nuestra Señora de Lidón. El poblado jovialísimo: al norte del río Mijares, verdea toda la plana de huertos, de jardines que aroman de nardos —perfume sagrado de La Magdalena—, y de dobles claveles encendidos, sus alquerías, sus villas o casitas de campo, oreadas por las brisas azules marítimas, pues el Mediterráneo clásico —Mar de la Cultura— está a una escasa media legua, y se va al Grao del Puerto por un frondoso caminal de bóveda de ramajes, hallando frente a la alegría del agua inmen-

sa, un pinar amplio y extenso, perfumado de savias y resinas, lugar de ameno esparcimiento y recreo de los castellonenses...

Vive un Paraíso; es el Levante, entre pinares y naranjos, ¿cómo no había de ser jovial? Pero esa alegría, no estorba a su caballerosidad espiritual, su entrañable lealtad a su origen... Y es curioso, ese origen, con el trance crucial de su desplazamiento al lugar que hoy ocupa.

Anterior a la Reconquista cristiana, por el gran rey don Jaime I de Aragón, gran figura señera, así por la alteza de su cuerpo, como la de su inteligencia y su alma, estuvo la población emplazada en las vertientes de las montañas, en torno a una ermita que ya entonces prevalecía a pesar de los embates de la morisma, dedicada a la advocación de Santa María Magdalena. Eruditos e historiólogos creen que ese montañoso lugar fue la antigua ciudad romana llamada Sepelacum. En el año 1233 fue cuando el gran rey provenzal —rubias barbas, claros ojos azules— la ganó a los árabes. Por espacio de dieciocho años, esa antigua población elevada en la loma, o alcor del terreno de la montaña, que se llamaba Castalia, permaneció en su terreno, en fructífera convivencia agrícola con los árabes, pues don Jaime respetaba en sus conquistas los arrendamientos de los moros, excelentes agricultores, expertos acequeros en los riegos de las tierras; muchos se cristianaron, ofreciéndose al bautismo, con el ejemplo del rey moro Zeit-Abuzeit que abrazó la religión de Jesucristo, inducido por don Jaime, y al cual se le bautizó con el nombre de Vicente.

Transcurridos los dieciocho años, algo ocurrió en aquel elevado poblado de la montaña, Castalia, de Santa Magdalena. Primeramente, hubo la sublevación del jerrarca moro Alhazarc, al que siguieron casi todas las hordas sarracenas; luego, el conflicto agrario que a los señores se les llegaba con la sublevación de los labrantíos de sus tierras, problema crucial que atajó el rey don Jaime, finales del año 1247 —o principios del 1248—, decretando, con la severa expulsión de la morisma, el traslado en masa de Castalia, desde la montaña

a la plana —la llanura— lugar más fértil y más propicio a la labor agraria. Para efectuar legalmente el desplazamiento, donó el rey el castillo y villa de Castellón al Monasterio de San Vicente de Valencia. En 1357, la villa era cedida por don Pedro IV de Aragón, al conde don Enrique de Trastámara, con la única condición de que el conde le rindiera un perpetuo homenaje. No resultó así, sin duda, cuando vemos que pasados nueve años, en 1366, la villa del Castillo, o sea Castellón —desplazada del monte a la llanura—, se incorporaba de nuevo a la Corona aragonesa, reinando todavía don Pedro IV de Aragón. Debió de ser este resultado de gran júbilo popular, y el pueblo estuvo contento con la incorporación a la Corona, como lo evidencia que, habiendo el rey don Pedro IV, dos años después —en 1368— cedido Castellón a su hijo menor el infante don Martín, al que le concedió el título de conde de la Plana —haciendo de Castellón de la llanura, un condado feudal—, se personó en la población por orden del rey, su primogénito don Juan, para otorgar la villa a su hermano Martín —era el día 6 de julio de aquel año de gracia, 1368— y los vecinos, los castellonenses, virilmente protestaron, recordándoles a los infantes que su padre, el rey, «des hizo a los nativos la promesa solemne de no enajenar la villa». Con lo que ni don Martín, ni el primogénito, don Juan, se atrevieron a tomarle en feudo suyo, y renunciaron al donado real.

En las vertientes del monte se conservan —hermosa nostalgia— las ruinas de la primitiva Castalia, la probable Sepelacum de los colonizadores romanos. La nueva ciudad, la de la Plana, o llanura, se llamó Castellón por el antiguo castillo que allí había, por su proximidad a la costa, estrategia ambicionada por el reino aragonés, con su necesidad ineludible de ocupación del litoral para mejor defensa y seguridad de su reino. El nuevo territorio era rico en posibilidades: una extensión de fértiles huertas, una entidad territorial que mucho prometía; se denominaba Kadrell, Hadrell o Fadrell, y abarcaba amplísimo término, comprendiendo las dos plazas sometidas de Almazora y Burriana, como se

inserta en la crónica de don Jaime I. Todavía, claro, quedaban moros en esos terrenos. Los había, igualmente, en Peñíscola, Nules, Castro, Morella; y en Xivert, en Eslida, en Uxó. Pero del Castellón de la llanura, debieron salir, cuando la grave sublevación y rebelión de la morisma, capitaneada por Alhazarc, en 1247. El nuevo territorio incluía Burriana, de grande importancia en sus campos ubérrimos, y en su costa, y la conformación de su puerto, y así consta en la real licencia que el rey don Jaime I otorgó a Ginés Pérez de Arenós, lugarteniente general del reino. Don Jaime, que debió amar Castellón, como un lugar de bendición de riqueza, en cosechas y de abiertas salidas al Mediterráneo, le otorgó privilegios, los mismos que a su predilecta ciudad de Valencia, dándole votos en las Cortes. Muy interesantes estas Cortes valencianas, por integrarlas tres brazos o «testamentos»: el Eclesiástico, el Noble y el Popular, volveremos a hablar de ellas más adelante.

Por ahora nos interesa destacar esa gran Nostalgia —con una mayúscula egregia— que el actual Castellón de la Plana siente por su primitivo emplazamiento, en el aire puro y la altura de la montaña. Es ese sentimiento de haber estado, de haber nacido en otro lugar del que ocupa, el que le da ese sentir romántico, lírico, caballeresco. Pues Castellón no puede olvidar su lugar originario, pese a las fértiles riquezas de su llanura actual, tan rica en cáñamos, que se maceran en el agua de las albercas y que generan tantas industrias de los que Castellón, es primerísima productora. Lo es, asimismo, en el aceite. Ya es bien sabida la importancia de primera calidad de los olivos y sus frutos en Levante. El olivo es indígena en la Península: Timeo menciona con voz laudatoria los olivos silvestres, la más importante riqueza agrícola de Hispania; el emperador Adriano, al acuñar moneda, no olvidó grabar en ella el olivo, como emblema o símbolo de España, en una rama con sus frutos; el mismo Adriano, magno emperador nativo de España, menciona al pueblo tarraconense que lleva nombre oleoso, «Oleastrum», donde «corría el flumen olium». Plinio alaba la sua-

ruecas, de tornos alfareros, de forjas de herrajes; pululaba por el laberinto de sus serpenteantes callejitas, una población mezclada de maestros que acudían al gran taller de artesanía, tipos provenzales, franceses, gentes de Flandes, alemanes, judíos, árabes, hereberes, moros africanos. De los obradores artesanos se exportaban maravillas a Nápoles, a Venecia y a Roma. Se enviaba la rica lana de las ovejas, la «lana di garbo», y paños, alfombras, bñnovas, tapices, y las mantas morellanas que, en resumen, son bellas como tapices, son en verdad «tapices folklóricos»... El «orfi de Florencia» y el «Atzar de l'Alemania» de que hablaban los primitivos retablistas, llegaba a la Morella del Maestrazgo en el tráfico de sus productos y cambios universales. Se negociaba, todo ello, en los denominados «Establiments», que no eran sino las ordenaciones municipales, en su organización foral. En Morella laboraron los grandes maestros medievales de la pintura religiosa, de los vidrios, de las orfebrerías en oro y plata, para el culto cristiano católico, y aún queda resonando la gloria de los pintores Valls de Tortosa y los hermanos Serra, catalanes, y la fama de los campaneros, maestros en los acentos de los bronces, como Martí, y los lapidarios que labraron archivoltas y cincelaron escudos en Morella, en Castellfort, en Benifasá, en Forcall... No hay que decir que con tales primorosidades del trabajo, floreció en la alta Morella una rica vida gremial. Hubo gremios en todo sector del trabajo: gremio de labrantíos, de herreros, de orfebres, de pintores, de esquilmadores de ganado, de zapateros, de vidrieristas, de ceramistas, etc... Como solía desenvolverse la vida gremial bajo las advocaciones de los Santos Patronos, los distintos gremios tenían sus capillas particulares, dentro de la Arciprestal, o en las iglesias de franciscanos, de San Juan, San Miguel, o en los eremitorios, de Santa Lucía, Hospital, Cofradía, etc... Las fiestas ofrecidas en honor y homenaje a los Santos Patronos, eran fuente, claro está, de artísticas manifestaciones —poesía, música y danza—, en que unos y otros gremios rivalizaban, noblemente, en brillantez y en belleza, tanto en

el feliz ornamento de las calles hechas cauces de luces, cánticos y flores, en las Procesiones, como en los bailes y tonadas de las alegres dulzainas, que hacían de la plaza un barroco ramo de júbilo, en las parejas juveniles, y de las bellezas femeninas de cada año en las celebraciones de los festejos. Danzas, cuadros plásticos, cánticos de las Alboradas, toques de dulzaina inventados expresamente para alegrar la salida del toro de lidia de su cuchitril del encierro, o para ornamentar de florituras sonoras, la emoción de una «Corrida de caballos»—«corregudes de joyes»—especie de torneo caballeresco llevado al folklore... Todas esas músicas en que, año tras año, a través de las centurias, fue quedándose enredado en gorjeos de dulzainas, el Sol «antiguo», el júbilo popular de los que ha mucho tiempo que fueron consumidos por la tierra de sus fosas; quedándose, en el ritmo saltante, sonrisas de mozas, gritos de alegría, y acaso lágrimas de emoción, perennes en las melódicas flores de belleza espiritual...; todas esas tonadas dulzaineras, perduran, y hoy resuenan aún en las Fiestas Sexenales, en las danzas gremiales antiquísimas: la de los Labradorcitos, la de las Gitanillas, de los Tejedores, la de las «Vírgenes, miravírgenes y santas» del gremio de los artistas; la de las «Heroínas y las Reinas» danza que llega resonando desde los tiempos del Gremio de los Comerciantes de Paños, Mantas y Lanas; la danza de «Los Torneros» la de «Los Bastoncitos», la de «Los Esquiladores» y la de «Los Tejedores», etc.; porque el tesoro folklórico es de abundosa vena. Podría compararse con el de Polonia, de la cual Oscar Kolberg, amigo de Federico Chopin, recopiló los cantos populares en treinta volúmenes. Al igual que Kolberg, en los años que fueron de 1947 a 1950, nuestro amigo el compositor levantino Ricardo Olmos, iniciado en el folklorismo musical, con preparación muy eficiente para su empresa, fue enviado especial del Instituto de Musicología de Valencia —que a la sazón dirigía el famoso e ilustre compositor valenciano de resonancias universales, Manuel Paláu— a recoger las olvidadas danzas y cánticos, de

la región de Castellón. El maestro Olmos hizo una fructífera labor de recopilación de tonadas folklóricas, sobre todo en Morella del Maestrazgo, en el pueblo cercano a Onda, llamado Tales. Allí, el maestro levantino Ricardo Olmos, habló con el fundador de una dinastía de dulzaineros que habían sido los músicos populares de la montaña —y se llama, si vive todavía, Pedro Ramos, y en el año 1950 frisaba en los sesenta y ocho años—. Su «Tabaletero» —el chiquillo que le acompañó en sus correrías por villas y aldeas montañosas, tocando el «tabalet» o redoblante—, el famoso en la comarca castellonense, Juan Bañenes Prades, recordaba aún muchas tonadas, toques especiales de festejos, que el propio dulzainero —invalidado por una caída del tren que le cortó una pierna—, no podía recordar ya... Pero aún le ayudaron al tabaletero, la esposa y la hija del pobre «Dolzainer», caído en desgracia, Teresa Ramos Montolíu, y Teresa Montolíu, en evocar ritmos y melodías para que las fijase en pautas musicales el maestro recopilador, señor Olmos.

«La Albá» —nos alecciona nuestro gran amigo y compositor— es lo típico de Castellón. Yo recogí muy bellas «Albaes». En Artana, pueblo montaños, recogí «La danza de la noche de San Juan» y las «Albaes de San Juan». Las mujeres danzan toda la noche alrededor de las hogueras, y al amanecer los mozos cantan las «Alboradas»... En Benasal, Olmos recogió un olvidado «Bolero de Benasal», y en el poblado de Albocácer, «El Ball del Pla». En algunos poblados castellonenses se usaba que al finalizar un baile, las parejas, puestas las mozas frente a los galanes, continuasen la danza, pero pasito a pasito, de modo que ellos iban a pisarles, por lo menudito, las puntas de los borcegués a las doncellas... Eso se llamaba «La Arenilla», y tiene su cantar antiguo:

*A la arenilla, que te toco, niña,
a la arenilla que te rozaré;
y responde la picaroncilla,
«Con la punta, con la punta del pie»...*

—En Tales —nos dice Olmos— recogí el «Ball del casament» y «Les Joyes», un to-

que de dulzaina típico de la «Correguda de les joyes» de los torneos populares; también salvé del olvido el «Ball del Maestrat»...

Todo ese folklore, no hay que decir que tiene un sello señorial, aristocrático, dentro de su forma y color popular... Porque Morella —fuente y brasero del Arte popular castellonense—, fue «Morella, la Bella», joya codiciada por romanos, visigodos, árabes, judíos... Hasta la Reconquista del gran rey don Jaime, en 1232, por su capitán don Blasco de Aragón, que tomó su Castillo.

II

LA LEALTAD AL ORIGEN

Su nombre mismo, Castellón, bastaría a adivinarle un origen caballeresco. Ciertamente, es una ciudad caballeresca, bien que como prósperamente dichosa, es, a un mismo tiempo, futurista y jovial. Óptima ha de ser, necesariamente, toda población en que verdean naranjos. Tiene Castellón boscajes de naranjales, árboles jocundos, juveniles, de verdor perenne, y cuando dan la floración, visten el aire con velos de novia, y cuando fructifican, iluminan la misma luz, con sus astrales esferas de oro. Las hojas del naranjo con la lanceolada forma del laurel, y su fruto espléndido, de bizantina suntuosidad, influyen en el ánimo del nativo, a la armonía de las artes, y a la ambición de la gloria de los creadores. Castellón culmina en dos cumbres gloriosas, del color y el sonido: el magnífico pintor clásico, Francisco Ribalta, y el lírico sutilísimo, guitarrista romántico, Francisco Tárrega, Dos Franciscos, de mérito singular.

Pues bien; Castellón es sentimental, como una música de Tárrega, que elevó el instrumento español, heredado de árabes, la guitarra, a una aristocracia de clavecín, cristianizando la nostalgia mora. Y Castellón, es clásico con un ritmo y colorido suave, profundo, como una tabla religiosa, y perfecta, de Ribalta. Con todo, su

vidad y dulzura del óleo castellanense; tan grande era la cantidad de aceite que del Levante hispánico se exportaba a Roma —la Roma clásica de Horacio y de Virgilio— que con los restos o pedazos de los cráteras o cántaras de oleum que se rompían, se formó allí el monte Testaccio...

Castellón, además, tiene esa oleada de soles en miniatura, entre laureles verde bronce, que es el tesoro de sus naranjales.

Pues, con todo, la nostalgia de la montaña le caracteriza. Y es más, esa melancolía de lo inolvidable de su cuna montañera, es la que hace de Castellón una ciudad de señera espiritualidad, de acentos elegíacos, de exquisita sed de cultura, de refinamientos de poesía, de divinos romanticismos de caballerías andantes, a lo Amadís de Gaula, o a lo Don Quijote de la Mancha. ¡Su fidelidad a la tradición!... Es bien comprensible, después de todo. Más comprensible aún, si se piensa en la hermosura, en las panorámicas de maravilla de sus montañas privilegiadas por la Naturaleza —por las Creadoras manos de Dios—; y si se pone atención en los admirables Monasterios, en las instituciones de cultura de los claustros —hoy en elegíacas ruinas— que hubo, con fortalezas y castillos, en esas montañas que Castellón adora, de las que está justamente orgullosa, porque su recuerdo forma el patrimonio más puro de su intensa espiritualidad. Fortalezas y cenobios monásticos, como Benifasá, Rosell, Morella, Peñíscola, y el Desierto de las Palmas, en su Benicasim de azules radiantes, y luz dorada de sol espléndido; castillos y monasterios, como el de Magraner, el de Alfama—fundación de la Orden de San Jorge—, el convento de Montesa, Monasterio y Castillo y el Monasterio Montesiano de la Cruz de San Mateo, son florones que aún resplandecen de glorias religiosas y cultura de tan primera magnitud, que bien pueden enardecer de justo orgullo y de honor a un gran pueblo caballeresco como Castellón de la Plana.

Castellón, viviendo el paradisíaco llano de su plana magnífica, se sabe —con gozo y júbilo— perfumada del tomillo, el romero, la retama, las hierbas olorosas y

fragantemente puras de sus montañas, henchidas de ecos y de voces históricas, inolvidables.

Por todas esas serraladas, picos y peñascos de alturas ingentes; por el Tosal del Rey, por el Pont de Escadat y la Moleta del Cid, hasta la Cenia, prolongándose los dorsos altivos por aquella sierra Motsiá, bellísima, forma luego el polígono montañoso que se cierra por la costa mediterránea, y que forma, en la altura, el Maestrazgo; Sierra de Valdaucha, Montes de San Mateo, las Atalayas de Alcalá, destacándose la Mola de Arcés; la sierra de Engarcerán, Desierto de las Palmas, y el culmen, la reina de las reinas de las montañas elevándose, vértice de triangulación geodésica, a 1.813 metros de altura sobre el nivel del mar. Peñagolosa, golosa de cielos, de nubes, de vuelos de halcones y de águilas; Peñagolosa, entre la sierra de Jarambre y el monte Bellida, que empieza en la elevación de Montalgrao, con la sierra de Espina—; esa espina clavada en la rosa del Sol!—y a la que se une la hermosa Sierra de Espadán —;caballeresca en su nombre!—que por los altos de Almenara llega hasta las espumas de la costa del mar de Ulises y de las Sirenas...

Nostalgia de las montañas; nostalgia de Monasterios, que suponen Historia, Cultura, acendrada Fe, tesoros del alma, Castellón es, por ese sentir de lo tradicional elevado, fino, artista, romántico, soñador, pintor místico —;Ribalta!— y lírico músico que eleva lo popular y folklórico a una gran espiritualidad aristocrática, selecta, de clavicordio del XVIII: ¡la guitarra de Tárrega!...

III

LA CABALGATA DE LAS «CAYATAS», EXPRESION DE NOSTALGIA CABALLERESCA

Poco valor asumiría la vuelta anual al primitivo emplazamiento, si se hiciera en carros, carrozas o carromatos tirados por parejas de bueyes. No es así: la romería se efectúa a pie; todo el pueblo castello-

nense se desplaza a sus ermitas, paso a paso, llevando el símbolo de los cayados pastoriles de los romeros, hermosas «cayatas» estilizadas con gusto impecable, geométricos medallones con un encantador adorno de farolillos. No obstante, en la cabalgata van carrozas...

Pero primero es «el Pregón», iniciación colorista, entre el estruendo y humo oloroso de tracas y cohetes de las fiestas magdaleneras, mediando marzo, cuando ya los capullos de las rosas preparan su divina explosión de belleza.

La cabalgata del «Pregón», que en estos últimos años comenzaba con los versos epigramáticos de Artola, integra los personajes históricos que intervinieron en el desplazamiento, en el siglo XIII: van, pues, formando cabalgata «Los Caballeros de la Conquista»; son aquellos linajudos prohombres que el poeta de las huestes de don Jaime I, mosén Febrer, cantó, con sus linajes y escudos, en famosas trovas, incluyendo a los Borjas, «los del toro rojo sobre un fondo de oro», y coronando las estrofas con las que cantan las armas del gran rey: «Mas lo Rey En Jaime Nostre Pare amat» —«más el Rey Don Jaime, Nuestro Padre amado»—, diciendo que el noble monarca había cambiado su escudo, poniendo por divisa en él las cuatro encendidas barras de Aragón, en pavés en forma de losanje, y —añade— «como usan las mujeres, pues esta ciudad de Valencia tiene gracia femenina, como lo dice bien su nombre, y así, de esta forma, sobre campo de púrpura y corona de oro, las ha aducido a su Rat Penat». Ese escudo, cimero en la bandera que también se llamaba el Gonfalón, tiene una historia unida a la fidelidad a la Santa Sede Católica, de Roma. Cuando se unen Cataluña y Aragón, por el nupcial enlace de Berenguer IV con doña Petronila de Aragón, ambos monarcas aceptaron las barras en sus sendos escudos, siendo esta resolución tan bien acogida por el Pontificado, en los días en que don Pedro II se hallaba en excelentes relaciones con la Santa Sede, que para el más grande honor de la Casa de Aragón, el Papa Inocencio III ordenó que, de allí en adelante, el estandarte de

la Iglesia que llaman Gonfalón fuese hecho divisa con los colores y distintivos de los reyes de Aragón. Por aquel entonces el escudo tenía sólo tres barras rojas y tres franjas de oro, correspondientes a los títulos con que autorizaba aquel rey sus diplomas de los reinos de Aragón, Condado de Barcelona y Señorío de Mompellier. Cuatro fueron luego las barras de púrpura, y las doradas franjas del Gonfalón —recuerdo de la Santa Madre Iglesia—, cuando el hijo del rey don Pedro II, Jaime I, ensanchó los reinos con sus conquistas. Es curioso que aquel grande espíritu de don Jaime, cuando aún era niño —infanzón—, al instituirse la Orden española de La Merced, según el modelo de la Orden de San Juan de Malta, francesa, en la catedral de Barcelona, el 10 de agosto de 1218, le concedió su divisa real, de tres franjas doradas sobre gules, sobremontada por la Cruz de plata del Cabildo, que le había concedido el obispo Berenguer de Palow, que la consagró sobre el mismo fondo de púrpura. Al ganar Valencia, el gran rey don Jaime I de Aragón, le otorgó las armas de su escudo, pero —caso singular— dándole la forma de losanje que correspondía a la condición femenina que el monarca —buen enamorado de las mujeres hermosas— distinguió en la verde ciudad de la fertilísima huerta. Así lo indica mosén Febrer en su «Cancionero» de los linajes. En ese «Cancionero» es donde el poeta hace referencia a los caballeros que intervinieron en el desplazamiento de la antigua Castilla al Castellón de la llanura. Es gracias al «Cancionero» como se ha tenido cuenta de los históricos personajes que intervienen en la cabalgata de «Los Caballeros de la Conquista», Hermandad integrada por los ilustres apellidos castellonenses, en las sucesivas generaciones.

Lucen sus cascos, sus escudos y lanzas, revestidos de cotas de malla, los «Cavallers». Pasa Ximén de Urrea, señor del Castillo de Alcalatén, del linaje de los duques de Baviera —tres fajas azules y tres de plata en su escudo de armas—; pasa Benet de Guimerans, que hizo el reparto de alquerías y tierras de Villarreal; pasa, en su caballo blanco, con la misma

gallardía medieval de los otros jinetes, Pedro Cornell, que repartió terrenos y alquerías de la ubérrima Burriana; y allí va el caballero Arnaldo de Cardona, cuyo escudo es el gótico cardo en flor de oro sobre campo de púrpura; ahí sonrío, jinetando en su corcel brioso, aquel ínclito varón Ximén Pérez de Arenós, que fue el propulsor, el realizador del desplazamiento de la ciudad, desde el monte a la llanura; y viene, al lado del propulsor, el primer arquitecto de la ciudad nueva, Castellón de la Plana, el ilustre artista de planos y edificios, Alonso Arrofat. Dalmar de Castellnou y don Pedro Boix, vienen, después, en sendos corceles, y entre los caballeros cristianos; llega también, formando en la cabalgata, Zeit-Abuzeit, el rey árabe acristianado con el nombre de Vicente. Según fue costumbre caballeresca de la Edad Media, estos paladines de la Reconquista, eligen a su dama, madrina de la Hermandad. Tienen donde elegir con acierto, pues Castellón es plantel de hermosuras femeninas. Dice un cronista, de este año último de la fiesta Magdalenera: «Fue elegida la señorita Rosario Fenollosa, y a fe que nunca hubo en las leyendas, ni en la Historia, belleza tan cortejada ni dama por tantos caballeros defendida.» La madrina luce galas espléndidas en la cabalgata.

Otro personaje, principalísimo en el desfile que inician los timbaleros de la gran cabalgata histórica, es el del «Acequero Mayor», o sea el recitador del «Pregón» —debido al poeta malogrado, como ya indicamos, Bernaldo Artola—, pregonero ataviado al modo folklórico castellonense, que ha de tener su prosopopeya, entonar bien los versos y resistir las miles de miradas detenidas en la seriedad de su rostro. Por fortuna, Castellón siempre encuentra el arquetipo de Acequero —«Pregoner»—. En estos últimos años asumió tan importante papel de la fiesta Miguel Tirado Alicart —jefe de la Sección Social del Sindicato de Combustibles—, algo actor, él, cantante de voz abaritonada, que ha actuado en compañías de zarzuela. Ni que decir tiene que Miguel Tirado Alicart dijo el «Pregón» con adecuado gesto y en-

tonación magnífica, quedando como el mejor de los pregoneros de muchos años a esta parte.

La cabalgata irrumpe, pletórica de color y de vistosa alegría, por las calles y plazas de Castellón, y el pueblo, compacto y pleno, se entusiasma con la belleza colorista de las carrozas, la animada música folklórica que marca el ritmo de las danzas tradicionales, muchas de ellas reconstruidas, reanimadas, con una labor admirable de erudición, de cultura, por la Sección Femenina, que indagó, además de las músicas y los bailes, detalles exactos de típicas indumentarias que tales danzas de antaño requerían. Las Artesanías Castelloneras tienen, asimismo, su puesto en la policromía de la cabalgata. Todos los artesanos oficios están en sus filas representados, a pie o en las engalanadas carretas populares: las cosas que se confeccionan con el cáñamo, las labores que tienen en la seda su base brillante, las forjas de hierro, las labores femeninas de encaje, etc. Sí; la fiesta es espléndida, en el paso de esa gran teoría, como un relieve helénico del Partenón. Pero no está todavía Castellón satisfecho: sueña más, cree que aún podría ser más esplendorosa su cabalgata, y entonces —de año en año— se preocupa más y más de proyectar nuevas figuras, de crearles mucho más ambiente, de vestir con muchísima más brillantez a las primeras imágenes representativas. Y el proyectista escribe: «Todos los caballos de los trompeteros llevarán los cascos cromados de plata.» Y añade aún: «Los cascos del caballo del rey don Jaime irán cromados de oro.» Porque va en la estupenda procesión historiada el gran rey provenzal don Jaime I de Aragón. Y es difícil buscarle el hombre que lo represente dignamente. El rey era alto, «de dos palmos más que la estatura general de otros hombres», rubio, gentil, gentilísimo, por lo que hubo muchas damas romancescas enamoradísimas de su gallardía. Era don Jaime un trovador de la suntuosa Provenza, a quien el Destino señaló para las conquistas de bellísimas tierras españolas: Valencia, Mallorca, Castellón... ¡Qué sugerencias de colores heráldicos levantan en

la imaginación esos nombres unidos al Rossellón, al Condado de Barcelona y a los Señoríos de la Provenza!... ¡El grande monarca don Jaime el *Conquistador* iba agregando barras, o bandas, a su escudo así que les ganaba tierras a los moros! Al apoderarse de la joya del Mediterráneo, la Isla Dorada, Baleares, Mallorca, añadió una banda más a su blasón, y así hizo al ganarles a los árabes las tierras del Jardín de Valencia...

El público de la cabalgata castellonense grita con un júbilo resonador, cuando ve pasar al rubio monarca de la Reconquista con su casco de hierro fieramente decorado con un dragón de alas abiertas... Van en la cabalgata todos los sectores de la ciudad: las «Partidas», representadas por sus frutos, y las madrinas de ellas, pues cada sector tiene su joven hermosa que los realce y dignifique. El traje típico de las castellonenses es lindísimo: un gran pañuelo, mantelo o «manteleta» de encajes cubre el pecho; la falda es amplia, breve; las medias blancas y el chapín oscuro. Ellos visten los zaragüelles blancos, el «ramajeado» chaleco, el pañuelo de seda a la cabeza. Pasan las figuras con un ritmo lento, majestuoso: las banderolas, que impregnan de color el día; el aire de marzo, que ya huele a flores y a miel; las figuras ecuestres con sus arneses y lanzones, las populares figuras que vienen danzando...

Es curioso cómo y de qué forma se inició la costumbre de la cabalgata. Fue en el siglo decorativo de las pelucas blancas y las casacas bordadas: el XVIII, en sus finales, postrimerías que, como las de un día de otoño, exaltaron el barroquismo dorado de las cornucopias y los trajes de sedas y brocados. Entonces —quizá a principios del siglo XIX— comenzó Castellón a preocuparse en hacer, de algún modo genuino, plástica, visible a los ojos del pueblo, la gran aventura del traslado medieval del lugar cívico de Castellón. Los eruditos se pusieron a desempolvar las historias y las leyendas. Y uno de ellos, llamado don José Lloréns de Clavell —nombre de laureles y de claveles, que ya auguraba policromías eruditas de los festejos—, fue el iniciador, debido a una bella cró-

nica que escribiera en el «Llibre Vert» —libro verde— del Excelentísimo Ayuntamiento castellonense. Don José Lloréns de Clavell, notario, escribano en la época foral, secretario, además, del Ayuntamiento; sin duda, por sus cargos, tuvo ocasión de revolver papeles del Archivo Municipal, de cuyas investigaciones nació su volumen —muy sabroso— titulado: «Variarum de Clavell». En ese libro descubría el caballero, en encendida prosa de amor al pasado, prosa como un clavel patriótico, lo del traslado de la población desde la montaña a la Plana. «Yo, José Lloréns de Clavell lo hago constar así para memoria en el porvenir.» Aquel cronista de Castellón de la Plana, que atribuía el primer poblado nada menos que a los «griegos de Jonia», fue, en verdad, el que aireó la tradición y puso el primer jalón hacia la hermosa fiesta de la Magdalena.

Por otra parte, en el siglo XVIII —en su crepúsculo, con música de Mozart—, el Padre Vela publica un libro con el título de «Vida de la Venerable Madre Sor Josefa García». ¿Quién fue esa misteriosa monja castellonense? Era la abadesa del convento de las Capuchinas, de Castellón, en cuyo templo se atesoraban lienzos valiosísimos de Zurbarán, regalo de la protectora de aquel claustro, la condesa de Campo Alange. El Padre Vela, en su hagiografía de la abadesa, dice que «antes de que el rey don Jaime ganase al rey moro la tierra de Valencia, la villa de Castellón tenía sus raíces en otro lugar, a una hora donde se asienta actualmente —siglo XVIII—; era en la parte del Poniente, sobre un alcor o loma, en la vertiente de la montaña; y aún subsiste en aquel lugar una ermita pequeña que en aquel siglo XIII era una iglesia principal, bajo la advocación de Santa María Magdalena». De cuando en vez, algún castellonense subía fervoroso a visitar a la Santa en su eremitorio, perfumado de tomillo y romero, con rumor de abejas. Encontraría a un costado de la iglesia, unas casucas montañeras, de rústica traza, abiertas siempre, con generosa hospitalidad, a los escasos romeros que acudían a rezarle a la Santa María Magdalena.

Fue de seguro, Lloréns de Clavell, quien proyectaría la ascensión procesionaria, que era un nostálgico regreso erudito a la tradición: y así se formaría la primera cabalgata. En esa «Teoría de Imágenes», con fondo marcelo de cielo azul, y rumores de enjambres virgilianos, con perfumes de incienso uniéndose al tomillar y al romeral, lo más importante fueron las luces: lucerías prendidas con emotiva vis-tosidad a las «Cayatas»: comenzaron entonces las Cayatas, como una acertada alu-sión a los cayados pastoriles que, sin duda, blandieron los vecinos de la antigua Cas-talia, al descender a formar, en la llanura, el nuevo pueblo de Castellón. Fue, pues, una suerte que las primeras procesiones de romeros al eremitorio, pasaran tan gozosamente todo el día del sábado, se-gundo de la Cuaresma, que así la noche, con todo su encanto de la montaña —aquel silencio, aquel lucir de estrellas grandes, aquel misterio de rumores y aromas— se les viniera encima, y fuera preciso encen-der luces. El sentido artístico, y el senti-miento romántico, hizo lo demás: es de-cir, con el gusto barroco de las cornu-copias y los clavecímbalos —de cuyas made-ras finas, lo veremos luego, surgieron las guitarras de Francisco Tárrega—, se idea-ron esas «Cayatas» de un barroquismo po-pular y aristocrático, fino, a un mismo tiempo —que así es la idiosincrasia de Castellón—, y se prendieran en sus dibujos en relieve, farolillos subyugadores, emo-cionadores y sugestivos...

Esas «Cayatas» hoy célebres, famosas universalmente, destellos de ingenio de los artistas castellonenses, fueron en el prin-cipio «las ofrendas votivas» que «conver-tían la noche, en claro día».

La cabalgata, en su iniciación diecio-chesca, era como sigue: Al llegar el se-gundo sábado de Cuaresma, ascendía pro-cesional el pueblo a la ermita del colla-do, llevando al frente al Muy Ilustre Ayuntamiento de Castellón de la Plana; seguía una representación del clero y de religiosos de todas las órdenes monás-ticas que tenían claustro en Castellón; lle-gaba el predicador, para su oratoria sa-grada en la misa solemne, que se decía, o

rezaba, a las nueve en punto de la maña-rita de marzo. Se comía en el campo, si hacía buen tiempo, o en las casas monta-ñesas, si había amanecido encapotado y gris el cielo... Se limosneaba a los pobres. Estos andariegos mendigos salmodiaban sus prosas pedigüeñas, enseñaban sus mu-ñones y sus llagas, imploraban la cari-dad; era precisamente lo que jamás fal-taba: una encendida caridad que ponía alegría y júbilo en las almas. Por la tarde se iba a otra visita religiosa: la ermita de Nuestra Señora de Lidón. Una hermo-sa leyenda campesina, agraria, la aureola-ba de égloga milagrosa. Un campesino des-cubrió su imagen mientras labraba los ter-renos. Bajo los surcos, le esperaban las rosas fragantes del milagro. Fue en el le-jano año de 1366. Perot de Grauyana se llamaba el labrantío, laborioso, que guia-ba su yunta boyeriza, como de costumbre en sus labranzas, cuando los dos bueyes, de pronto, se negaron a caminar, dete-niéndose con los belfos húmedos de hilos brillantes, y las pezuñas bien agarradas al terruño. En vano Perot las acuciaba a avan-zar, en balde las golpeaba con la garrota de fresno... No consentían moverse, cami-nar... Fue entonces cuando el labrador se puso a pensar qué era lo que sucedía allí. Se arrodilló para rogarle a la Virgen Ma-ría que intercediese para poder trabajar, pues las labores urgían, en sus campos. Oyó un cántico de ángeles... Se acercó a los surcos, y removió la tierra... Encontró la bellísima imagen de la Virgen de Li-dón... Desde ese día la venera el pueblo... En su eremitorio finaliza la cabalgata de las «Cayatas» luminosas.

Es en la noche —ocurre, actualmente, en el tercer domingo de Cuaresma— cuan-do después del entusiasmo de la tarde, con la cabalgata de cientos de figuras en sus filas, se celebra, en tinieblas —pues toda la ciudad apaga sus luces— la pro-cesión de las Cayatas, que bordan de lu-ciérnagas de oro, azules, rosas, verdes, las calles de Castellón, entre oraciones y lá-grimas conmovidas, e iluminan de modo fantástico, las bellezas, tan finas, de los rostros de las damitas que representan cada sector de la ciudad, conveniente-

mente numerados: Cayata primera, segunda, tercera, y así hasta el número completo de los sectores ciudadanos, cada uno de los cuales presenta —en noble emulación, con ansia de superarlas a las otras— su adornada «Cayata» y su brillante madrina, con su cortejo de honor.

La Virgencita de Lidón, es maravillosa: su rostro, con suave blancura de los nardos y los cándidos lirios, atrae con unción emocionada, por su idealismo celeste, y el traje, blanco y con adornos de oro, y su corona, grande, con doce estrellas, que la aureola de plata y luces diamantinas, le dan una magnificencia solemne y bellísima... También Santa María Magdalena es hermosa: vítores, lágrimas, flores, claveles, rosas, plegarias llueven a sus pies, y ella, la Santa del Perfume derramado a los andariegos pies del divino Jesucristo, humanado en la Tierra, sonríe, y su sonrisa parece recordarnos aquellos nardos de su espiritualísima ofrenda...

Cuando pasan las fiestas de la Magdalena, y la ciudad de Castellón recobra su ritmo cotidiano, de labor intensa que le hace avanzar y progresar, con paso acelerado, en su espiritualismo y su cultura, así como en sus industrias y su comercio, y su laboreo en los surcos de la tierra, la urbe queda toda unguida de fe, de religiosa esperanza y de encendida caridad, como cubierta de un escudo de oro, contra las asechanzas de lo que Salomón decía en su «Cantar de los cantares»: «Por los peligros del pecado y de la noche...»

IV

LA CIUDAD Y SUS VALORES

Visto Castellón desde Benicasim—su renombrado «Desierto de las Palmas»—, a setecientos ochenta metros de altura sobre el nivel del mar, se columbra un panorama eminentísimo. Toda la Plana se entreabre, verdeante y luminosa a nuestros ojos, con su oleaje verde gris plata de sus olivares, los bosques de naranjos, los graciosos penachos de sus palmeras, las masías blancas, enjalbegadas con primor pro-

verbial, los retorcidos algarrobos, y en el centro de campos y huertos, la noble ciudad, cultivada espiritualmente, emporio de cultura y del Arte.

Los años han pasado sobre Castellón, por dentro de su alma, sin alterarle lo más mínimo en sus sentimientos tradicionales, toda vez que en su exterior, en su fisonomía civil, siempre armoniosa, se ha adelantado de modo extraordinario en su ornamento como en su modernidad. Su bellísimo Parque que lleva el nombre adorado en Castellón del pintor Ribalta, es de una moderna traza que sin desvirtuar el propio estilo levantino, castellonense, no tiene nada que envidiar a los mejores parques europeos.

Atraídos por las costas de lumbre de plata, cuyas espumas orlan fortalezas históricas de maravilla, como Peñíscola, con los recuerdos del Pontífice de Aviñón, Benedicto XIII, el Papa Luna; atraídos también, por ese Desierto de las Palmas, de Benicasim, reposorio de las almas fatigadas del ritmo acelerado de nuestra época, así como por la villa amurallada que conserva toda la pureza de sus ensueños medievales, Morella, en el Maestrazgo, son muchísimos los turistas que entran en Castellón, con la animada dinámica de sus autos norteamericanos o de otras matrículas exóticas.

La ciudad les presenta a los turistas, junto a modernas edificaciones, lo clásico de su solera levantina, de su «rabassa maternal», de su acendrada religiosidad, comenzando con el pórtico de su Catedral o iglesia Mayor, de puro estilo ojival, y sillería de piedra cincelada en el votivo gótico que dijérase una arquitectura que está en éxtasis, en oración de líneas y planos que se elevan al cielo. Es un puro goticismo del siglo XIV. Su ara o altar mayor es corintio y atesora pinturas de Moreti y Berrotini, tiene un cuadro de Zurbarán, y en el altar de la Virgen del Carmelo, un notable lienzo de Ribalta.

La Torre de las Campanas, con su rara forma prismática y el color ocre oscuro —de cortezón de pan— y sus bronce, domina toda la alegre y activa ciudad, en sus cuarenta metros de altura, y su base

octogonal asienta sus raíces en el terruño como sorbiendo la savia de los siglos, para florecerla en la luz mediterránea, en la rosa de su templete, donde la voz de las campanas canta las horas con un ritmo solemne, desde el siglo XVI.

El Mercado es un cuadro vivo que pinta el sol, en colaboración con el aire y la tierra, pues allí brilla la cerámica con sus reflejos áureos, técnica aprendida de árabes, se derraman los verdes, los rojos, los esmeraldinos tonos de las tiernas verduras, el rosado joyante de los frutos, y todo se armoniza en esas famosísimas mantas de Morella, que son auténticos tapices populares, de unos matices cromáticos que captan la gloria agraria de las huertas castellonenses. Al lado de ese lujo popular, Morella —el Maestrazgo— es elevadamente aristocrático, con una cardenalicia cadencia señorial, purpurada de fe del Espíritu Santo. Las intrincadas montañas de San Mateo y de Morella, pregonan las empresas religioso-heroicas de las Ordenes Caballerescas de Nuestra Señora de Montesa y de San Jorge de Alfama. También en las montañas de Castellón subsisten las ruinas de un glorioso Monasterio que fue arca dorada de la cultura de los tiempos medievales: el Monasterio de Santa María, con su castillo anexo de Benifasá, de la Orden del Císter. Es, actualmente, Monumento Nacional. Contemplémosle desde Benicasim, en esta elevada cumbre del Desierto de las Palmas. A través de las «Puertas de Beceite», donde el río Cenia remonta su curso entre escarpes y barrancadas—dejado atrás el Molino del Abad—, en las ruinas del altozano o alcor de Benifasá, puede aún soñarse el esplendor antiguo de su templo cisterciense, ojival—pues el estilo ojival fue creación de la Orden del Císter—, con sus augustas piedras sillares. En ese Monasterio—donde el abad Berenguer de Concavella dijo la primera misa, orlado el altar con ramos de tomillo y de romero en flor, el 28 de mayo, Domingo de Ramos del año lejanísimo de 1276—, se conservó siempre como preciada reliquia un manuscrito que era el original, único, de los Fueros de Valencia, que el 31 de marzo de 1261 habían traducido al latín,

vertiéndolo del valenciano idioma tres monjes llamados Guillermo, Vidal y Bernardo. Del Monasterio de Benifasá se cuenta que el abad Pedro de Torres, en el año de gracia de 1359, compraba—ya sabéis que no existía aún la imprenta—, costosísimos libros en pergamino, con miniaturas policromadas con cándido rosa y litúrgico oro, y así tuvo en su «Escritorium» o Biblioteca la Biblia de Aviñón y un Salterio de David con comentarios, que costaron 150 escudos de oro.

Allá pasaban al Monasterio de Benifasá las mesnadas caballerescas con sus cascos empenachados de plumas bermejas y blancas, llagándoles el sol el acero de las corazas; y así los sabios de aquel santo tiempo recorrían los malos caminos de las serranías, sólo por el gozo de contemplar un códice o tomar nota de un manuscrito miniado con arte insuperable por los «iluministas» en sus láminas. Así pasaban los eruditos medievales, los humanistas del Renacimiento, caballeros en sus mulas o asnillos pacientes, ese puente que aún se ve, allá sobre el río Magraner, en cuya piedra mandó cincelar su escudo abacial el abad Bernardo Lloréns, estudioso y sabio monje cisterciense. Allá, aleteada de gaviotas y palomas, emerge del Mediterráneo de las viejas tirremes de Roma, el peñón egregio, Peñíscola, que fue fortaleza del siglo XIII y de cuya grandeza conserva aún los escudos de los Caballeros Templarios. Fue mansión conventual de las Ordenes militares del Templo y de Montesa. Allá, al lado del Levante, brillando al sol, ved y admirad la ermita de la Virgen Ermitaña, Patrona de la ciudad de Castellón, pues es lugar sagrado, patriótico, como enterramiento de los mártires cristianos de la antigua Castalia, el primitivo Castellón. Y allá, más lejos, el Monasterio de Montsant, donde existe aún una tabla maravillosa de Santa María Magdalena, del pintor Reixach.

Tanta antigua veneración, tanto culto amor a las pasadas glorias caballerescas tiene a la ciudad—bajo el latido de bronce de sus campanas, la campana María, de la iglesia Mayor, y las campanas que anidan en su torre vieja—en una constante

vigilancia, a cuanto a los afanes culturales se refiere, y a la flor de la cultura y el arte de los versos, la poesía inmortal.

Ya, comenzando el siglo xx—exactamente en julio de 1901—, Castellón celebró Juegos Florales de poesía, en emulación con los de Valencia, que aquel año se celebraron en el Jai-Alai de la ciudad del Turia, espléndidamente iluminado con aquellos parpadeantes focos eléctricos que se estrenaron por entonces, y fue reina valenciana de poesía, la bella señorita Rafaela Serra, elegida por el poeta premiado, el joven escritor Maximiliano Thous, y en Castellón—con no menos brillantez—, se celebraron en su teatro Principal, entonado con peluches rojos, terciopelos y guirnaldas doradas, como los coliseos románticos, lleno de flores, con selecto público, fiesta organizada por el diario «Heraldo de Castellón», y en que fue reina de poesía la señorita Pilar Gómez, y el poeta premiado don Agustín Safón, que leyó su composición «Al Amor», granjeándose grandes aplausos y resultando un acto brillantísimo con la elegancia de la reina que lucía un traje rosa prendido con flores y ceñido el tocado con un escudo de Castellón en diadema de diamantes. Desde tan lejana fecha, Castellón ha seguido rindiendo culto elegantemente a la poesía y a la cultura. En 1914 publicábase en la ciudad de la Plana una culta revista titulada «Revista de Castellón», además de los habituales diarios «Heraldo de Castellón», «La Provincia» y «El Clamor» y libros muy selectamente editados. En 1920, don Angel Sánchez Gozalbo, castellonense de profunda erudición y escritor muy fino, creó la «Sociedad Castellonense de Cultura», que viene desde tan lejana fecha publicando, como su exponente brillantísimo, un «Boletín» donde han colaborado eruditos, escritores y poetas de Castellón y de Valencia, desplegando una gama de temas magníficos del mayor interés. El malogrado crítico valenciano, don Eduardo Martínez Ferrando, dando cuenta en una de sus selectas reseñas de la aparición del poema «Ciudades de oro»—debido a aquella editorial, dirigida por el señor Sánchez Gozalbo—pudo decir con acierto: «Volu-

men publicado por la «Sociedad Castellonense de Cultura», con el esmero de costumbre que tanto la honra y la prodigalidad del número, que cabría afirmar que casi todo el movimiento bibliográfico en orden a nuestras letras valencianas, está integrado por las ediciones de la benemérita entidad, amoroso cobijo de los intelectuales valencianos, en medio de la indiferencia general que puede conducirnos a nuestra consunción y anulamiento.» Ello era verdad por esos años de 1930 a 1934 en que, en contraste con Valencia, Castellón cuidaba exquisitamente, como lo viene haciendo en nuestros días, la tradición de gran cultura que en su historia resplandece.

Castellón, desde tiempos medievales, en sus orígenes, tuvo los mismos privilegios reales que la ciudad de Valencia, otorgándole el rey un puesto en las Cortes valencianas; institución ésta gloriosísima con su Diputación de carácter permanente; y los representantes de Su Majestad, llamados los «Tratadores», y sus tres «Estamentos» o Brazos: el brazo eclesiástico, integrado por el arzobispo de Valencia, los obispos de Tortosa, Segorbe—tierra castellonense— y Orihuela; los maestros de Calatrava y Montesa—muchos de ellos, personajes de Castellón o de sus monasterios de las montañas—, el castellán de Amposta, los abades de Valldigna y Benifasá—castillos de Castellón de la Plana—, comendadores de Montalván y Burriana—castellonenses asimismo—, Enguera, la Merced, Museros, Regis, el Resc, Torrente y Orçeta; los Cabildos de Valencia, Albarracín, Segorbe, Tortosa y Orihuela; el general de los Mercedarios, los priores de San Miguel de los Reyes, Portacoeli y la castellonense cartuja de Valle de Cristo. El brazo noble, o militar, lo integraban gran número de condes, duques, marqueses, entre los cuales había muchos aristócratas de Castellón de la Plana, y el brazo real, o popular, los procuradores y síndicos, que lo constituían como representantes de Valencia, Alcira, Játiva, Orihuela, Alicante, Castellón y las villas montañosas castellonenses de Villarreal, Morella, Peñíscola, Peñaguila, Cor-

bera, Beniganim, Castelfabib, Jérica, Alpuente, etc.

Castellón, constante en el homenaje a sus glorias del pasado, erigió en la ciudad un monumento al rey don Jaime, *el Conquistador*, que además tiene en la nomenclatura de las calles castellonenses el privilegio de estar al frente de la mejor de ellas, entre las cuales hay tan bellas avenidas como el paseo del Obelisco y el del pintor Ribalta, otra gloria suya, que Castellón no olvida jamás. Hermosos son, asimismo, el paseo del Camino del Mar, de Morella, y el nuevo paseo de Lidón, con amplios andenes, camino directo al santuario de la Virgen de Lidón, en que se venera su imagen. Hermosas, por su tipismo, algunas: la calle de Gonzalo Chermá, calle Mayor, de Colón, de la Alloza, la calle que se llamó del Rosario y, luego, a la muerte del eminente compositor guitarrista Francisco Tárrega, a principios del siglo xx, se denominó «calle de Tárrega»: luego, están las espaciosas, plaza de la Constitución, calle del rey don Jaime, calle de Tetuán y calle de la Paz. Ornamento de su alegría ciudadana, es la bella arquitectura de la iglesia arciprestal, Santa María, en cuya torre voltea, en los festejos de la Magdalena, la campana «María», voz amada por el pueblo, castallonense, de un modo entrañable, infinito. Está, como arquitectura de ornamento civil, la casa de la Villa, y como arte arquitectónico religioso, sus iglesias y conventos: convento de las capuchinas, donde hubo nada menos que diez cuadros de Zurbarán, *el magnífico*; el asilo de Huérfanos de San Vicente Ferrer y la iglesia de la Concepción. Esta es del orden arquitectónico corintio; las capuchinas, de orden toscano; la iglesia Mayor, ojival. Y están, además, la iglesia de la Purísima Sangre, la de San Miguel, la Sagrada Familia, la antigua capilla de San Nicolás y la iglesia colegiata de los escolapios. Como fina aguja de piedra, decorativamente se eleva el obelisco en homenaje a los mártires de la primera guerra civil española.

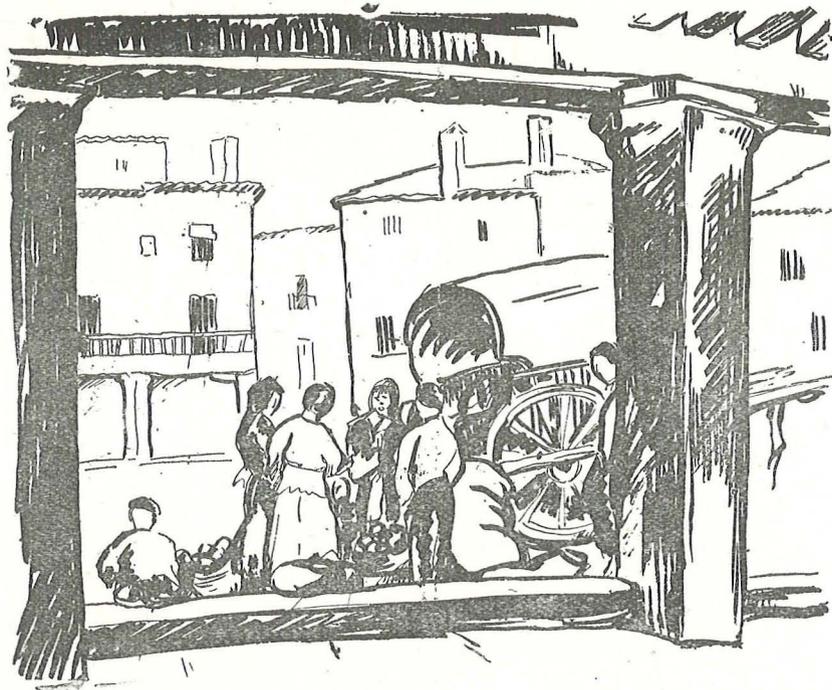
En la apiñada ondulación de los tejados, terrazas y torrecillas palomares, el sol de la celeberrima huerta, cabrillea, brilla,

como alegre invitación a desplazarse al mar: el Mediterráneo, con su fortaleza medieval sobrecogedora de Peñíscola, del Papa Luna, Benedicto XIII; y en el mismo ámbito de Castellón, a una hora, a lo más, de camino, en un ferrocarril de juguete, o en las tartanas, cuando el siglo romántico, o en los raudos autos actuales, os aguarda aquella maravilla del pinar, alargando sus umbelas perfumadas de savias y resinas, frente a los festones de renovadas espumas, de la playa del Grao...

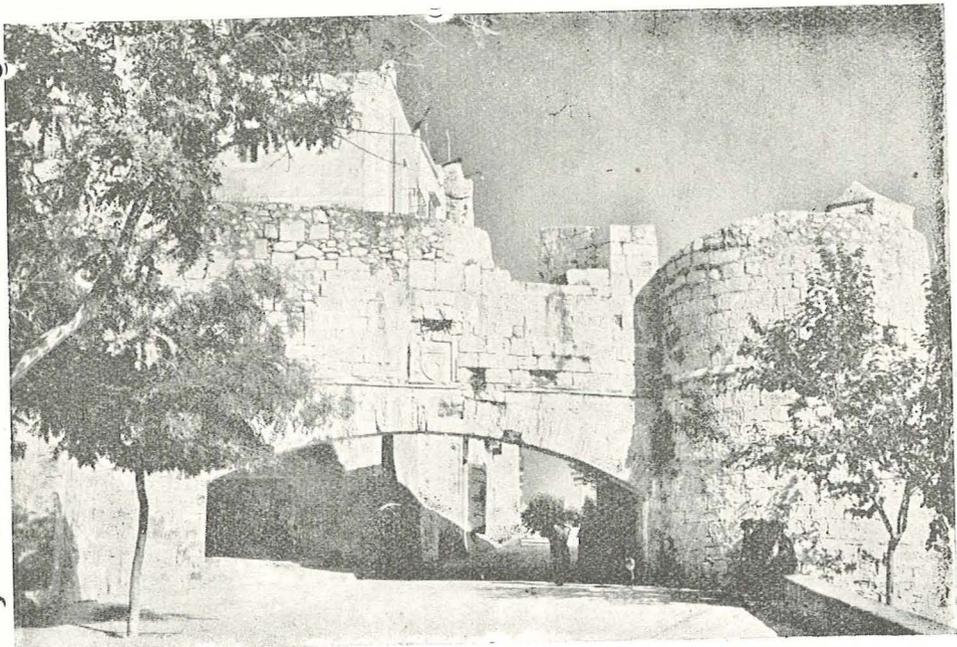
Ciudad tan amante de sus tradiciones, entre las que cuenta como egregio el genio de Ribalta, había de tener, naturalmente, un gran fervor por las artes, y a lo que vale más, preclaros hijos, artistas en todas las gamas de la belleza, ideal o plástica. Es así, efectivamente. Además de la entidad ya nombrada, la «Sociedad Castellonense de Cultura», existe, y floreciente a través de los años, la entidad de «Los Amigos del Arte», que se preocupa de honorificar a las figuras ilustres, a los artistas famosos, nativos de Castellón; tuvo, como hemos dicho, un gran poeta, culto, inspirado, con fervorosa admiración a Ausias March y a sus «Cánticos de Amor y de Muerte», llamado Bernat Artola; tuvo otro gran poeta, lírico, sensitivo, autor del bello libro «Inquietud», del cual dijo don Eduardo Marquina que «era un poeta a quien le dolía el alma». Se llamó Catalá Lloret. Actualmente, para su gloria, a Castellón le viven Juan Adsuara, el escultor magnífico, el estatuario de las santas figuras y relieves gloriosos de la iglesia del Espíritu Santo, de Madrid, del Consejo de Investigaciones Científicas —templo de doctores, intelectuales, investigadores—, donde en la bóveda, y conchas laterales, viven bellísimas pinturas al «temple» del malogrado artista valenciano —íntimo amigo de Juan Adsuara— don Ramón Stolz y Viciano. Le vive a Castellón, para su gloria moderna, un luminoso pintor paisajista, Aguilar, en todo su vigor juvenil de inspiración y de armonizador de los colores. También le vive un violinista genial, la joven Josefina Salvador, cuñada del compositor de Castellón, famoso por sus «ballets», Sr. Asensio.



Almendros en flor en la región levantina



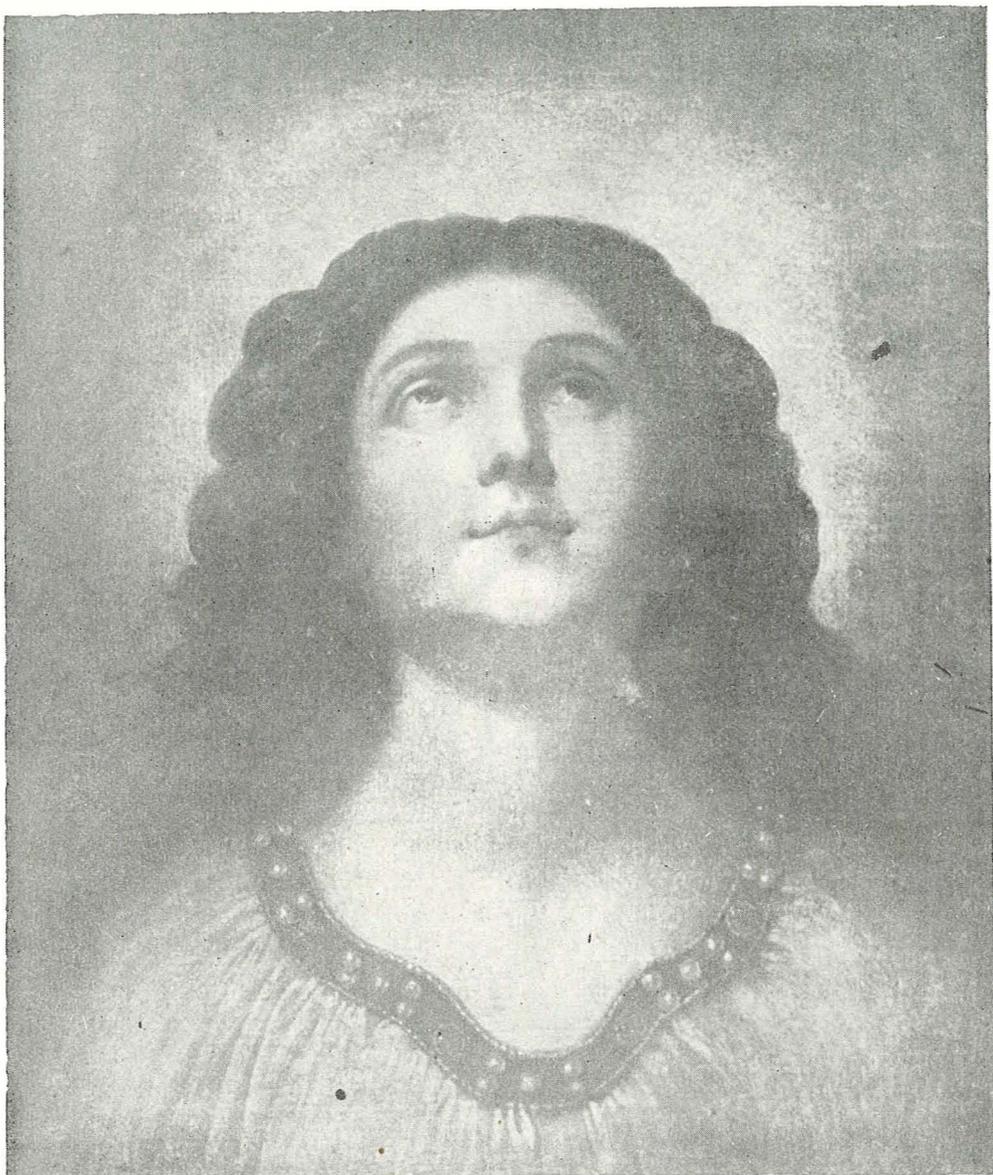
La Plaza (dibujo de Pascual Roch)



La Puerta del Papa Luna (Peñíscola)



Vinatea, hijo ilustre de Morella, por Pinazo



Alma Bienaventurada (Ribalta)

Y un ceramista magnífico trabaja en Castellón en la actualidad: Rafael Cuallart, nacido en 1898, hoy en plenitud de su arte. Entre los virtuosos músicos, no es de olvidar el concertista de violín, Abel Mus, que realza su maestría en la orquesta de Valencia, como deslumbró a los públicos de América, con su brillante «tourné» de conciertos.

La cultura y el arte son, en Castellón, una constante que entrelaza, por dentro de su fluir de vida cotidiana, con un hilo de oro, sus centurias: la cuna de Ribalta seguirá meciendo predestinados a la gloria de la pintura; y la augusta sombra lírica de Francisco Tárrega —hijo ilustre de Villarreal, y nacido al gran arte en las playas de Castellón, cuando se encontró con un romántico guitarrista, genial y vagabundo: el «Ciego de la Marina» que le encaminó a la armonía de la guitarra, elevada al concierto—, cobijará los sueños de nuevos músicos y compositores; como la sombra atormentada y feliz, sin embargo, de la cantante Elena Sanz, protegida por la reina de «Los Tristes Destinos», Isabel II, y visita de su palacio en París, cuando el destierro, y, enamorada del príncipe, logró el debut en el teatro Real de la Corte de don Alfonso XII, cantando intencionadamente «La Favorita», en el papel de la favorita del rey. ¡Elena Sanz! Amiga lírica del guitarrista Tárrega, pues ella le presentó en París a la reina desterrada, en cuya regia mansión dio un concierto. En una noche española, inolvidable, había nacido en Castellón y la reina la conoció, de muy niña, en un colegio de monjas de Madrid, en la calle del Caballero de Gracia, donde Elenita Sanz llamaba la atención, cantando en el coro, por el timbre y acento sentimental de su voz. Apenas el corazón que la ciudad de Castellón haya olvidado a su Elena Sanz; no hay de ella, que sepamos, una biografía, ni se la ha dedicado una calle, ni tiene un busto en el parque o jardín, con unas rosas vivas —rosas de té— que recuerden la delicada ternura de su historia trágica, enamorada imposible de un rey romántico...

«Los Amigos del Arte» no deben olvi-

darse de Elena Sanz, ¿verdad?, ya que cuidan, a la vez, de lo grande y lo mínimo, en la estética; desde el gran Francisco Ribalta, de que ilustres escritores castellonenses han escrito biografías, hasta el arte folklórico, y el ritmo y los versos de las danzas antiguas de que queremos hablar.

Comencemos por destacar la eximia figura de Ribalta, queremos decir del gran pintor, la dulzura de sus colores, la ternura y unción de sus cuadros religiosos y algo del secreto y misterio de su genialidad.

Francisco Ribalta nace en Castellón de la Plana el año de gracia de 1555. Va a estudiar con un maestro residente en Valencia, que tenía taller de pintura religiosa en la calle de Cuarte. Después, Ribalta se marcha a lograr la dulzura de Italia, en los colores y ritmos de actitudes de los modelos. En Italia se influencia de la ternura de Rafael Sanzio, de la gallarda forma del Carraccio y su colorido brillantísimo, del intelectualismo mágico de Sebastián de Piombo. Y vuelve Ribalta a Valencia, convertido en pintor magistral. Hay una leyenda de amor, que parece inventada —o recordada, si fue cierta—, precisamente para destacar la maestría de que regresó investido de la Italia renacentista. Fue que el joven inexperto Ribalta, se había enamorado de la hija de su valenciano mentor y maestro, el cual desdenó al adolescente, su discípulo, y le negó la mano de su morenita hija, de encantadora sonrisa, que, sin duda, se llamaría Amparito, y hablaba el idioma de Roig de Corella y de Ausias March. Ribalta, abochornado, adolecido, salió hacia Italia, decidido a crearse un porvenir grande de artista. No olvidó el cutis de jazmín ni la crencha de ébano sobre la frente, ni la dulce sonrisa de su Amparo; y trabajó bajo los augurios de su promesa de casamiento, y tanto, y tan ahincadamente estudió, internándose como aprendiz de brujo, en el misterio de los colores y las formas, las perspectivas y los fondos clásicos, que al regresar de Italia, y habiendo entrado en el taller de su maestro, en unos momentos de ausencia del viejo artista, Ribalta cogió pinceles y colores y pintó

en una hora un bellissimo cuadro... Y se dice que el viejo maestro, sorprendido de tal maravilla, díjole a la joven Amparo, su hija: «Con quien ha pintado así, de tal manera, ese hermoso cuadro, si que dejaría yo que te casaras», con lo que hizo, al fin, la felicidad de Ribalta. Porque...

—Padre mío—contestó riéndose la muchacha—, ese cuadro lo ha pintado el joven Ribalta, y es el amor quien le llevó la mano...

Ribalta murió en Valencia, en 1628. En los setenta y tres años de su vida creadora, infatigable, dejó eternizadas maravillas: Su «San Bruno», actualmente joya del museo de Castellón; su «San Roque», que se guarda como un tesoro en la casa Ayuntamiento de la ciudad de la Plana; «La Cena del Señor», pareja o gemela de las mejores, la de Leonardo, la de Juan de Juanes, etc.... «La Cena del Señor» que Ribalta pintó por encargo del eximio varón de santidad, el patriarca don Juan de Ribera, para su templo del «Corpus Christi»... De ese cuadro magnífico se dice que el San Andrés es retrato fidelísimo de un venerable religioso de Valencia, el Padre Muñiz, y que la figura pelirroja de Judas, es retrato avieso, intencionado, del zapatero remendón que plantaba su cuchitril en el portal de la vivienda de Ribalta, y al que éste, sin duda, debería algunas monedas por el remiendo de los zapatitos de Amparo, su mujer... El zapatero del portal se llamaba Pradas...

También es joya de colorido de los pinceles de Ribalta, su cuadro «La Virgen de Portacœli». Para Castellón, entre otras obras, pintó Ribalta la tabla llamada «El Calvario»; y, para el altar mayor de las carmelitas, la notable tabla de «La Virgen del Monte Carmelo». Ribalta—con Juan de Juanes y con Jacomart— es el creador de la escuela valenciana de pintura. Jacomart, en Játiva, en Galicia, en Valencia, era pintor de tablas primitivas, influido por Van Eyck, de Flandes, al que el rey humanista, Alfonso I de Valencia y V de Aragón, mandó llamar a su palacio real valenciano, para conocerle y rogarle pintara algunos cuadros que quería com-

pararle. Jacomart pintó para Castellón el «Retablo de Coti», en el Maestrazgo, y el «Retablo de San Martín» para la iglesia de Segorbe. Otro gran retablista primitivo fue Vicente Montoliú, que nació en las montañas del Maestrazgo, recibió honores y la protección del prelado Dalmáu de Mut. En la llamada «Escuela Trecentista», se destacó otro genial, dulcísimo colorista de Castellón, que trabajó para templos de Tortosa y Barcelona, Pedro Serra. De Serra, pintor del trescientos, publicó una documentada, exhaustiva obra, biográfica y crítica, don Angel Sánchez Gonzalvo, con ilustraciones fotográficas de las obras de tan maravilloso pintor religioso. Inolvidable, asimismo, resulta aquel «Iluminador»—como en los siglos XIV y XV se decía— Rodrigo de Osuna, que, en verdad, fue el primer maestro que, de 1473 a 1476, dominó la nueva técnica, tan brillante, de la pintura al óleo, que en Flandes—en Brujas, la de los canales con cisnes negros, y color de nieve— habían inventado los hermanos Van Eyck. Cuarenta años antes de que Metsys o el maestro Van Orley pintaran con la técnica del óleo brillante, ya Rodrigo de Osuna era pintor «al aceite», con notas brillantísimas, xánticas; y al fondo de sus lienzos solía poner escenas populares, miniaturas de visualidad, captadas en el Castellón de las danzas, los bailes, los mercados y los festejos...

Esto nos da, fácil, el paso a ocuparnos del folklore, de las danzas que han renovado en el Castellón de hoy, tanto la cultura de la Sección Femenina, como la erudita condición de la entidad «Los Amigos del Arte». En la fiesta de la Magdalena—estos últimos años—, se han danzado pintorescos bailes antiguos, como, por ejemplo, la «Danza guerrera de Todolella», la danza antañona llamada «De Agimia de Almoracín», la «Danza de la Marinería», la de «Les Camaraes», de Vina-roz, el importante poblado costero, castellanense; la «Danza del Candil», la «Danza de Jerica», la de Traiguera, y otras poblaciones, folklore que trae en sus ritmos añoranzas, nostalgias, vivencias de tiempos antiquísimos, y cuyos temas son mitos

poéticos que expresan, con mímica expresiva, mediterránea, el alma de esos pueblos que tuvieron sus cunas en horas de oro, de Grecia, de Fenicia o de Roma...

El aire de mar que rodea el Paraíso de flores de la ciudad de Castellón, va también, en caricia perfumada de yodo y de algas, a crear los pueblos hermanos, pues una de las mejores condiciones de la ciudad de la Plana, es contar con alrededores de una belleza excepcional: Albocacer, Lucena, Morella —morena y amurallada, alma del «Cantar de los Cantares» de Salomón, «porque el Sol la besó», como a la Sulamita inmortal—, Nules, San Mateo, Segorbe —bellísima, en su constante modernización—, Vinaroz, Viver... La mayor parte de estas villas y poblados, como Villarreal, que es inolvidable por ser cuna de Tárrega, y más modernamente, del ilustre escultor Ortells, pertenecen al obispado de Tortosa, y muchos de los castellonenses que sienten vocación eclesiástica —en todos sus comarcales, villas y pueblos— van al seminario de Tortosa a estudiar sus latines y su Teología.

Hemos hablado, en lo que cabe, de la ciudad: Destaquemos su escudo, el cual consta de dos cuarteles, con un castillo de tres torres, y surmontado, otro castillo; en el castillo del cuartel, figuran las cuatro barras de la bandera o Golfalón, del rey don Jaime I, «Lo Rey En Jaume nostre pare amat» que cantan, en su epopéyico ritmo, los versos del «Cancionero» de Jaime Febrer, el poeta de la Reconquista.

V

LA MONTAÑA CABALLERESCA: MORELLA Y SAN MATEO

Morella es lugar de leyendas. En sus abruptos picachos se han aparecido Virgencitas a los caballeros cristianos, se han curado de lepra hermosas doncellas al invocar el nombre divino de la Virgen de la Peña Verde, y en las cuevas del «Castell de Cabres» aparecieron arcas repletas de diamantes.

Morella, amurallada con un cerco de piedra venerable, es ciudad sagrada, como Avila de los Caballeros en Castilla, o como Estella en el Norte de España. Como Avila tiene fe acrisolada, y cree en las divinas rosas del milagro; como Estella fue en tiempos de guerras civiles, Morella del Maestrazgo, sede de tradiciones, reducto del carlismo, con sus románticos ideales de la unidad de la Patria en el eje de oro de la fe y la esperanza en la omnipotencia de Dios. Morella, como Estella, se exorna de nobles palacios antiguos. También, como Estella, son famosas sus ferias populares, sus procesiones, sus festejos sacros y su folklore, lleno de vivacidad, de colorido, que si en la sede carlista del Norte se resuelve en el típico baile llamado de La Era, en la sede del Este ibérico, se enciende de gayos colores en las mantas morellanas, proverbialmente famosas, como tapices de armoniosas policromías. Son mantas que lucen los mozos morellanos con orgullo. Por el cumplimiento de un voto colectivo, se celebran en Morella las llamadas «Fiestas Sexenales»; como este nombre indica, es una fiesta, que de seis a seis años, irrumpe sonora de cohetes, de carcasas y tracas de colores, envolviendo en humo de pólvora, de olor impetuoso y excitante, las calles en declives, los vetustos edificios de piedra berroqueña, con los escudos de los linajes, las perspectivas de las cimas de nieve, que el sol tardereño sonrosa, con una pincelada sobrecogedora y patética. Toda Morella, comenzando por los peldaños que rodean su egregia Arciprestal —la basílica morellana—, se tapiza de enramadas de tomillo, espliego, romero, y «la argilaga» en flor, tapizando montañas que recibe el poético nombre, que recuerda el místico estilo de Raimundo Lulio: «Enramada para la Amiga y la Amada», que es la Virgencita de Ivana, que en 1672 salvó a Morella y poblados comarcales de una terrible epidemia de peste. En 1910 se celebró la solemne coronación de la Virgen de Ivana. Y en 1958 la proclamación del título de basílica otorgado a la Arciprestal, que es amplio recinto magnífico de una gran belleza arquitectónica.

Ese día de su fiesta se danza la «Dansa dels Torners» —baile de «los torneos»—, perteneciente a una de las artesanías más renombradas y brillantes de estas tierras altas, famosas por sus trabajos manuales artísticos. Porque Morella —y con Morella, San Mateo, la otra ciudad caballeresca— guarda fidelidad al recuerdo de haber sido «obrador» y colmenar de artesanías, las más bellas, como la de iluminadores, en oro y plata, de viñetas de códices, con iniciales policromadas de capullos, azucenas, lirios, rosas; vidrieristas de un lujo de coloraciones paradisíacas; retablistas, santeros y pintores primitivos, como los famosos hermanos Sierra, sobre todo Bernat Serra, de los primorosos retablos.

Fue en los promedios del siglo XIII cuando ocurrió en Morella la aparición de la Virgen de Ivana, y por eso se tiene como calle principal la que hoy ocupa el lugar de su aparición, llamándose por ello «calle de la Aparición de la Virgen», y de su arroyo brotó una fuente de agua que se tiene por milagrosa. Esta calle y el pórtico ojival, con rosetón que destaca del moreno color de las piedras góticas, en la Arciprestal, son las más genuinas emociones que ofrece Morella al visitante. La basílica «Santa María la Mayor» es del siglo XIII, y tiene en las jambas de su pórtico figuras de Apóstoles. Se puso la primera piedra en la época de la Conquista. En el año 1233 se rendían Morella y Ares a la espada de don Jaime I de Aragón. En aquel tiempo existían por los alrededores de Morella inexpugnables castillos y fortalezas, como el famoso «castillo de Cervera», fronterizo entre tierras de moros y de cristianos. Tortosa, al Este, tenía en el río Cenja su demarcación, límite divisorio entre Valencia y Cataluña. Y al Sur estaban los arrogantes castillos de Pulpis, de Xivert, y allá en la costa, orlado de espumas, el castillo de Peñíscola, o Peníscola, peñón que se ha comparado con el de Gibraltar, llamándosele «el Gibraltar del Este». Al Oeste, se erguían los castillos de Cuevas de Avinromá y otras menores fortalezas, y al Norte, el castillo de Morella, en la llamada «Mensa

Maestral» porque pertenecía a los maestros de las Ordenes caballerescas medievales, la de Nuestra Señora de Montesa y la de San Jorge de Alfama. En esas abruptas serranías residían los «maestres», el de San Mateo, Traiguera, Calig, Canet, Rossell, Borbotó... Don Jaime I de Aragón había entregado al caballero el Castellán de Amposta, que era sanjuanista, los bienes de los Caballeros Templarios, a cambio de rendirle perpetuo homenaje y entregar los inmuebles de su religión de San Juan de Jerusalén que poseía, desde el río Turia a Cataluña: ello era el ámbito, precisamente, del Maestrazgo de Montesa, que entonces abarcaba gran parte de la actual provincia de Castellón. Efectuóse la entrega en la Cruz de San Mateo, y allí, en conmemoración, se erigió el monasterio montesiano, en 1319, una vez canceladas las cargas reales de los bienes entregados por los Hospitalarios de San Juan. Todavía subsiste el palacio de los maestros de Montesa, en la villa de San Mateo, edificado en 1319. Además, estaba el convento de Montesa, donde residían el prior y dieciocho «freires», con doce caballeros, y era allí donde se reunía el Capítulo de los Consejos para designar a los «maestres». La orden «caballeresca militar» de San Jorge de Alfama la fundó el rey don Pedro II de Aragón. Su castillo se levantaba en el desierto de Alfama, a unas seis leguas de Tortosa, cerca de Ampolla, y estaba al cuidado del paso brutal de los agarenos por el «Coll de Balaguer», por donde solían incurrir trágicamente contra las tierras cristianas. El primer maestre de San Juan de Alfama fue el caballero Juan de Almenara, y el quinto maestre, es de anotar, llamado Berenguer March, elegido a despecho del rey don Pedro IV, el cual tenía un gran interés en que la elección recayera en otro caballero; pues, en ese tiempo de Berenguer March, se unieron las Ordenes de San Jorge de Alfama y la de Montesa, y el maestre asistió, como representativo de la unión de las Ordenes caballerescas, a la coronación del rey don Martín el Humano, en Zaragoza, en el bellissimo palacio árabe de la Aljefería. Berenguer March falleció en la ciudad

montañera de San Mateo en el año 1609. En cuanto a lo referente —caballerescamente— a Peñíscola, el peñón marítimo fue mansión conventual de las Ordenes Militares del Temple y de Montesa. Entonces era una recia fortaleza inexpugnable, del estilo recio del siglo XIII, con los escudos de los Templarios y cruz florenzada; un Castro Monacal, con su cripta subterránea, es decir, por debajo del mar. En cuanto a lo que respecta a la montaña, es de anotar también el medieval monasterio de San Juan de Peñagolosa, en Vistabella, famoso cenobio, con biblioteca bien abastecida de manuscritos.

Como puede haberse notado, todo ese ámbito de Morella tiene nombres caballescicos, de gestas contra moros. Allí, la sierra de Moixabre, Camorón, que acaso fue ciudad episcopal en un tiempo remoto; Ayguaviva, Malgraner, Almenarella, que tuvo su hospedería en una cumbre; y al Oeste, Forcall, el del bellísimo calvario de cipreses, recogedor; el castillo de Fredes, la sierra de Benifasá. Pero, en cuanto a Benifasá, requiere insistir en su importancia, puesto que, al nombrarlo anteriormente, no pudimos decirlo todo. Benifasá, con el monasterio de Santa María y su castillo; todo ello al estilo de la Orden del Cister, la maravillosa, la creadora genial de la ojiva en arquitectura. Su terreno, en las riberas del río Cenia. Cerca, el Molino del Abad, donde se reunían en plácidas pláticas los monjes y los abades, al crepúsculo, en el enrojecido otoño... En Benifasá —cosa, ciertamente, que se entrelaza con el gran músico guitarrista castellanense Francisco Tárrega— se encontraban, en su biblioteca, «dos trabajos notables sobre música de laudes: el método de Esteban Daza y el de Luis de Narváez, el que introdujo en la música española para vihuela el nuevo principio de las variaciones, llamadas «Diferencias»... Todavía en Benifasá se puede lamentar el paso del tiempo inexorable, sintiendo la elegía de sus ruinas, las de su monasterio y la de la iglesia de Santa Escolástica, que allí, anexa al cenobio, estuvo de manera brillante. Allí, las cumbres de vuelo de águilas de Xert, más conocida por Mar-

sallar; allí, las cimas ingentes de Turnell con el elevado castillo de Cervol... Estos son egregios nombres que un día estuvieron en la mente, en el alma y en los labios del gran rey don Jaime I *el Conquistador*. También el bello nombre de Rosell: nombre valenciano, con significación de amapola; Rosell, que extiende su caserío en la falda de las estribaciones de la cordillera de que es reina Peñagolosa. Frente a Rosell se espacia, se extiende la Plana, que, a lo lejos, cierra el Maestrazgo caballescico...

Esa llanura que se prolonga desde Tortosa a la cuenca de San Mateo, teniendo a su derecha —brumosas— las puntas de Santa Agueda, del Desierto de las Palmas, bajando hasta el mar en Benicasim; y a su siniestro lado, las cumbres de Cardó, y a sus espaldas, la Mola Murada, es la Plana de Castellón...

Benifasá —que especialmente me atrae con sus ruinas— estaba emplazada en la antigua Hylactes de los escritos de Festo Avenio: en el emplazamiento del monasterio, Benifasá fue —y es bien curioso— el punto de enlace, o lo que los árabes llamaban «La Ajaraca», entre los antiguos Reinos de Aragón, Cataluña y Valencia, de tal modo allí anudados, en apretado «No-Do», que es fama que los tres monarcas o gobernadores de los tres Estados un día comieron allí, juntos, uno frente a otro, sobre el pergamino de un gran tambor, estando cada uno de los tres en su término jurisdiccional y, sin embargo, unidos...

La gran elegancia de la monarquía aragonesa, que se advierte en sus arquitecturas y en las crónicas —sobre todo en la de don Jaime I, original en su número trovadoresco—, dejó su impronta, su impacto del espíritu, en estos pueblos del Maestrazgo... La adquisición de bienes, castillos y fortalezas, molinos y terrenos, en el Maestrazgo, por las Ordenes religiosas, tiene origen en la lealtad al rey don Jaime del caballero, Castellán de Amposta, don Hugo de Follalguer. Ocurrió que el 13 de julio del año medieval de 1233, don Jaime I se hallaba en un grave trance de guerra: estaba frente a los moros castello-

nenses de Burriana, y muchos de los áulicos varones de su Reino le habían abandonado. Solamente uno, el Castellán de Amposta, don Hugo, estaba a su lado, le permanecía fiel. Era maestro de los Hospitalarios. Quería, deseaba guerrear contra los infieles. Pero le dijo al gran rey que para la victoria necesitaba, con la urgencia que pedía el asedio, embarcaciones capaces y gentes marineras. ¿Dónde hallarlas?, le interrogó, angustiado, el rey. Y el caballero don Hugo de Follalguer le proporcionó las naves necesarias y, además, los marineros que embarcar en ellas. En pago de tal beneficio, el rey don Jaime, luego de la victoria sobre Burriana, le entregó al maestro don Hugo dos castillos, de Cervera y Rosell, para la Orden de los Hospitalarios de San Juan. Benifasá tenía a grande y noble orgullo el haber sido el primer templo donde se celebraron los Misterios Cristianos en el Reino de Valencia, después de la victoria de don Jaime I contra la morisma; pero este honor se lo discutía Rosell, que lo recababa para su templo... Emulación que, en verdad, les honraba, tanto a Rosell como a Benifasá... Múltiples y bellísimas son las leyendas de las «serraladas», de los barrancos y cumbres del Maestrazgo, de Castellón.

Mi ilustre amigo, artista, escritor e historiador de la cerámica de Valencia, ilustrísimo señor don Manuel Gonzales Martí, ha tiempo publicó un manojó bellísimo de leyendas verídicas, religiosas, de Morella, de San Mateo, de la montaña de Manfullar, de la manera cómo se alivió la epidemia de peste de las villas del Maestrazgo, Peñarroya y Vallibona, de los «enamorados de las cumbres de la Peña Verde», de la Cueva de los diamantes de «Castell de Cabres», de la verídica joven historia de Vinatea, etc.

Sobre esos «Cuentos de la llanura y de la montaña» —escritos en valenciano, idioma de Ausias March y Roiç de Corella—, destaca, a mi parecer, el que ocurre —histórico— en la Morella amurallada del siglo xv —en la víspera del día 23 de junio de 1414— y que lleva el título de «Al Rey, la vida y el honor». Vemos las callejitas pinas, pedrerizas, del poblado, su Portal

de San Mateo, y no lejos, el Hostal de Nuella, donde la hostelera es un gran tipo de la montaña castellonense, la viuda de Simonet de Nuella, el cual dejó una hija —hijastra de su segunda esposa, la actual hostelera del cuento—, preciosa, gentil, con aires de dama aristocrática, noble, que responde al bello nombre de Bernardeta. Un hecho extraordinario está para acontecer en Morella: la regia visita del rey don Fernando, *el de Antequera*, que se presentará con el infante, su hijo, don Sancho. Vemos el Portal de San Miguel, de Morella, con sus dos airoosas torres, donde ondean las sedas de las banderas, entre ramos de hierbas de la montaña; pasa el real cortejo por la calle de la Virgen del Pilar, hasta llegar a la Casa de la Villa, con su espacioso pórtico, y cuyo interior se enriquecía de salones con artesonados de roble, policromados de oro viejo. Vemos las callejas de los Cinco Cantones, el mercado —colorista de mantas morellanas—, el Almudín, la calle de la Madre de Dios, la plaza de la Arciprestal... ¿De todo ello, trecentista, qué subsistió hoy? Por lo menos, la Arciprestal nos da todavía la exhaustiva emoción de aquella época de oro... En aquel solemnísimos interior de «Santa María» se cantó un *Te Deum Laudamus*, y, luego, entre vítores y aplausos, siguió la comitiva por la calle de la Virgen, bajando por la cuesta de Prades, siguiendo por las callejas de Pinyana y la de Tarascóns hacia el lujoso palacio de los Caballeros de Ciurana, donde se hospedaría al rey y a su séquito. El infante don Sancho, que era maestro de las Ordenes Militares de Calatrava y de Alcántara, mereció el honor de que le impusieran, en la fiesta mayor, la «Estola Blanca» y el «Collar de los Lirios». Era la grandísima fiesta de Nuestra Señora de la Asunción. El día 18 se presentó en Morella el Padre Santo, don Pedro de Luna —Pontífice del Palacio, color de púrpura, de Aviñón, y «Antipapa» del Cisma de Occidente, Benedicto XIII. Precisamente se trataba de concertar, en la alta amurallada Morella del Maestrazgo, la resolución del grave problema del Cisma, para lo cual acudiría a la ciudad del Maestrazgo el

dominico fray Vicente Ferrer, gran varón de santidad, valenciano, que había actuado gloriosamente en el Compromiso de Caspe, cuando fue electo rey don Fernando *el de Antequera*. Era entonces consejero del Reino, y vivía en su palacio de Morella, Pedro Ferrer de Ram, y en su casal de abolengo dio al Pontífice, al rey y al infante una suntuosa comida.

Bernardeta, no obstante su humildad, pero gracias a su extraordinaria belleza y gentileza, es la protagonista de esta historia, por el enamoramiento que de ella sufre el doncel, el infante don Sancho. Ella, enamorada también de don Sancho, gentilísimo personaje de realeza, acaba enferma, medio «endemoniada» o embrujada, con lo que va a sanar su mal de alma, su enfermedad de imposible amor, al templo castellonense de los «Endemoniados», a la tradicional iglesia de la Madre de Dios, de La Balma, en Zurita, en una cueva cercada de barrotes de hierro y, en su interior, abarrotada de ceras ardientes.

Como esta Cueva de la Balma es algo famoso en las tradiciones de Castellón, pasamos a hablar de ella en el capítulo siguiente.

VI

LA BALMA Y PEÑISCOLA

Habría que pensar en aquellas páginas bellísimas —abigarradas de tipos extraños— de Gustavo Flaubert, en «Las tentaciones de San Antonio», en el desierto africano, con las hazañas del Demonio, y unas visiones que parecen arrancadas de los cuadros del Bosco, del Museo del Prado, de Madrid, para hacerse una idea de los endemoniados castellonenses de La Balma.

El Demonio es grave prestidigitador y embaucador. «Es la misma mentira», ha dicho de él la santa de Avila, Santa Teresa de Jesús. Y, por nuestra parte, hace tiempo que tenemos en los telares de la fantasía un cuento en que el Diablo se presenta de prestimano en una barraca de feria, de una aldea de España, y trata de

embaucar a los ingenuos aldeanos con sus añagazas y sus embustes... Embustes y añagazas que, desde luego, le conocieron y burlaron; ya en el siglo iv, en el Asia Menor, los Padres del Desierto, Gregorio, el Obispo de Nyssa, teólogo eminentísimo, místico admirable de los primeros tiempos del cristianismo, el cual acertó a sesgar los tentáculos rojos de la gran bestia de las negras alas de monstruoso murciélago que rondaba su cueva de anacoreta, por las noches, cuando el chacal rugía y las hienas negras ululaban...

San Gregorio Niceno fue hermano de San Basilio *el Grande*, el que introdujo la vida monástica en el mundo asiático. Ambos fraternos anacoretas, junto con otro Gregorio, Namanceno, salvaron la Iglesia de Cristo en una época en que el Demonio, siempre celoso de Jesucristo, se metía en el pecho de las doncellas, perturbaba las más ricas inteligencias sagradas, inventando intrincadas herejías, como el arrianismo, de inexorables laberintos retóricos.

Fue cuando, en las márgenes floridas de lotos azules del río Isis, San Basilio fundó aquel monasterio para el estudio contemplativo de la Teología, adonde acudían muchachas del Asia Menor —tez amarilla y ojos oblicuos— para que las exorcizara con el agua bendita contra los demonios de Satanás.

San Gregorio, que fue el verdadero creador del misticismo denominado «Apofántico», porque ahondaba en lo más oscuro de las conciencias —en lo que hoy los médicos psiquiatras llaman el «subconsciente», descubierto por el doctor Segismundo Freud—; porque «perforaba» las minas de diamante de las almas y veía, descubría las manchas que el hálito del Demonio hubiese dejado en ellas. Dos ermitaños de Nitria, en el desierto de Egipto, San Macario de Alejandría y Evagrius Pónticus, maestros en la Teología y en la Mística «Apofántica», supieron muy bien de qué añagazas se valía el «Rebelde», el Espíritu Negro y Malo, para atormentar a las mujeres y para perder a los monjes de la Tebaida. Como la Gracia y la Fe son las simientes de la Gloria, ahí mordía

DESDE EL DESIERTO DE LAS
PALMAS

Peñíscola está atormentada. Peñíscola tiene una llaga en sus piedras, en sus rocas medievales, por donde el mar Mediterráneo sube en espumas, en revueltas oleadas, en esas noches de tormenta y vorágine en que el espectro del enérgico «anti-Papa», don Pedro de Luna, deambulaba las torres del homenaje de su castillo-fortaleza.

La herida de las rocas de Peñíscola se llama «El bufador»: es como un ancho pozo, hondo, profundo, y allá ruge el agua del mar, allá abajo, en tanto uno descubre en el interior de la oquedad, colores de lacerías y de llagas, colores de lepra y como gritos de endemoniados...

Peñíscola fue fortaleza de una Orden caballeresca; pero lo que ha quedado como más realzable en su historia, es el haber constituido el último reducto del Pontífice del cisma de Occidente, Benedicto XIII, al cual ni su mismo consejero, Santo Fray Vicente Ferrer, pudo hacer abdicar de su jerarquía de príncipe de la Iglesia, entronizado, si no en Roma, sí en el palacio Pontifical de la ciudad de Aviñón, como Padre Santo de la Iglesia Católica...

Estuvo en las ruinas de Peñíscola, el cráneo, o mejor, la momia de aquella cabeza tozuda, aragonesa, del gran español don Pedro de Luna. Se dice que luego fue a dar esa cabeza momificada al palacio de Sabiñán, donde los condes de Argillo la guardaban en una vitrina, realzada de un trozo de brocado de púrpura.

La parte oriental del peñón mediterráneo está como cortado a pico sobre el abismo del mar.

Por la parte de la costa, un ancho sendero de arena lleva a aquel imponente peñón, que aún conserva las escaleras talladas en piedra viva, por las que el Pontífice del cisma ascendía a su templo a consagrar con su cáliz de oro y de piedras preciosas. Ese cáliz se conservó por muchos años en el templo del peñón. El Pontífice cismático, que lo fue a pesar suyo y de su infinita religiosidad, murió a los noventa años, en el de 1423 de la Era de Cristo.

Otra de las maravillas de Castellón—la última maravilla y acaso la postrera que debe visitarse para guardar mejor su celeste recuerdo—es, en Benicasim, el Desierto de las Palmas.

Suele recibir al visitante en aquella majestuosa altura que parece hecha para dialogar con Dios y sus ángeles una cuarteta que dice:

*«Hermano, una de dos,
o callar, o hablar con Dios;
que en el yermo de Teresa
el silencio se profesa.»*

¿Es un yermo? Es un yermo. Es un santo lugar de meditación callada y alivio de almas. En aquella alteza sólo es posible esperar la noche y quedar en éxtasis frente a la bóveda tachonada de grandes luceros y de estrellas divinas. Estáis aquí a setecientos metros de altura sobre el nivel del mar.

Benicasim queda allá abajo, pequeñito, en miniatura; le sabemos, sin embargo, acogedor, laborioso y grande; tiene bodegas excelentes de moscateles y almácegas y molinos... Está, en Benicasim, algo que lo une a este Desierto de las Palmas, de monjes carmelitas, donde antiguamente cada uno de los monjes tenía su pequeña ermita, su refugio, su cenobio en que vivía entre cipreses y cráneos que le recordasen la hora de la muerte para edificación del alma. Pero lo que une a Benicasim con el desierto de los eremitas del Carmelo, es la fábrica del rico licor Carmelitano, que aquellos monjes de antaño inventaron y escribieron sus fórmulas, mezclas de hierbas aromáticas de las montañas que ellos habían descubierto y seleccionado.

Desde tales alturas, volvéis a abrazar a Castellón y todos sus caminos, caseríos y pueblos, con la mirada: a la diestra veis las agujas de Santa Ana, unos bermejós caparzones de picachos grises, cárdenos

violeta, flanqueados de pinos que revisten las moles de la montaña de un rico tapiz de terciopelo verde oscuro. En el fondo, veis los flancos abruptos de una barrancada, marañas de malezas, las hierbas olorosas que luego serán denso licor que confortará el espíritu de melancólicos y enfermos...

Todo, a la vista, ofrece un tapizado alegórico de flores humildes franciscanas: rosas silvestres, flores de las jaras, las flores del romero cantadas por Góngora: «Las flores del romero, niña Isabel, hoy son flores azules, mañana serán miel»; las flores de los citisos y de los digitales, rojas como fraternales al corazón del hombre, pues son su medicina. Allá se eleva el monte San Miguel, y aquí os parece—en la santidad de este desierto de monjes carmelitas—el simbólico Monte Carmelo, cantado por el místico glorioso San Juan de la Cruz.

Hoy, sin monjes, el Desierto de las Palmas ofrece a los castigados por el dinamismo de la vida moderna, a los enfermos «de la prisa», de barbarie mecánica, de materialismo y maquinismo, un Santuario de bendito silencio, lleno de paz en su mística altura...

En este Desierto de las Palmas se ve algo verdaderamente conmovedor, y es, en la cima del monte San Miguel, una Cruz de forma grandiosa que llena casi el horizonte con sus brazos. A pesar de la distancia enorme que la separa del Desierto de las Palmas, la Cruz resulta «monumental»...

¡Esa Cruz! Llena el paisaje de beatitud, da una sensación de paz al silencio pun-

teado de gorriones, y alanceado de flechas de golondrinas y de venajos...

* * *

Bien quisiera no haber olvidado nada—en el escaso espacio material de estas páginas—de lo que Castellón ha sido, de lo que es actualmente y de lo que será en el brillantísimo porvenir que le aguarda...

Brillantísimo—modernizándose bellamente— será el Castellón de treinta o treinta y cinco años adelante...

Así lo deseamos nosotros sus fervientes admiradores.

Ahora bien, estamos seguros, bien seguros, de que nunca Castellón, el de la hermosa Plana, perderá el amor a sus tradiciones, y que todos los marzos marceros, con el plenilunio en su cielo de encanto, celebrará la cabalgata de las «Cayadas» luminosas...

Sí, todos los años—marzo tras marzo, florido de retamas y romeros—, revestido con sus trajes de gran gala, su escuadra de batidores, abrirá marcha haciendo alejear la bandera de España, en su cielo azul, y los trompeteros del rey don Jaime I de Aragón, llenarán el viento de trompeterías doradas al paso de los Caballeros de la Reconquista, en sus blancos corceles gualdrapados de damascos y sedas de brillantes colores.

Es la tradición que perdura. Y perdurará por los siglos de los siglos, mientras la leyenda, con su aureola de oro, circunde las cumbres de Morella, de San Mateo, de Peñagolosa.

el Diablo, para matar en flor las rosas de la Esperanza.

Luego, en la Edad Media, surge aquel portento de lógica, aquella clarividencia llena de inspiración del Espíritu Santo, Santo Tomás de Aquino —que vio el primer sol de su vida en un castillo del sur de Italia, el año de gracia de 1225—, y en la Universidad de Nápoles se puso por primera vez en contacto con la oleada roja de ideas del Demonio, ola escéptica, remolino de racionalismo, por las influencias de aquel moro hispánico que, en verdad, debió tener conciliábulos y concomitancias con el Demonio, aquel Averroes que inundó de confusiones las Universidades cristianas; y Santo Tomás entró en lucha con el averroísmo, que era entrar en guerra con Satanás... Toda la Edad Media está henchida de «endemoniados», enfurecida de gárgolas humanas que escupían el veneno de la Serpiente, en cuya piel verdosa y negra se escondía el Demonio.

Pues bien; esa endemoniada lucha continúa aún, con un sesgo medieval, en las montañas castellonenses del Maestrazgo. Es en la ermita de la Virgen de La Balba: el pueblo la llama «La Mare de Deu de la Balma». Ese vocablo, Balma, en el dialecto valenciano significa «cueva». Es, realmente, una cueva, no lejos de la medievalista amurallada ciudad de Morella, por el camino que lleva a Zorita. El río Bergantes, que en Morella circunda al Molino de la Fuente, pasa por tierras de Forcall, Ortells y Zorita: en este último poblado el río se «encrespa», se «endemonia» —según las leyendas— proque ha de hacer un esguince, una curva atrevida, y saltar, cuando tropieza con un talud de una elevada montaña; y es allí, en aquel talud que obtura el curso del río, echando espuma por sus fauces, donde se abre la cueva, una espelunca o covachón, amplio y grande. En esa cueva los primitivos cristianos, anteriormente a la invasión sarracena, colocaron, para venerarla, una imagen de la Virgen María Madre de Dios. Parece ser que imitaron, con ello, a otra cueva mística que ya entonces existía en las montañas de Provenza, en un sendero que enlaza las tierras de Aix con Marse-

lla, donde era tradición que había ejercido penitencia, pobremente revestida de cortezas de árbol—pero siempre perfumada de nardos que ella misma con sus manos cultivaba—, Santa María, la Magdalena. Aquella cueva santa provenzal, se llamó «La Baum», que es, en provenzal arcaico, de idéntica significación que la castellanense «Balma», de Zorita. Después de la Reconquista de don Jaime I, la primitiva imagen de la Virgen Madre de Dios, se trasladó desde la cueva del río, a la cueva de la iglesia del pueblo, porque en las iniciaciones del siglo XIV, se la encontró un pastor. Este pastor—dice la leyenda—era paralítico de todo el costado izquierdo, pero bastó que hallara la imagen de la Madre de Dios, Virgen María, para que quedase libre de su dolencia, curado por completo para siempre.

Todo Castellón, pero sobre todo, el Maestrazgo en pleno, ha puesto una adoración hasta las lágrimas en la «Mare de Deu» de la Balma. Es de no olvidar que alrededor de la cueva grande del adoratorio se han ido formando pequeñas cuevas donde viven en oración y contemplativa religiosidad, hombres que abandonan el mundo y se retiran a llevar una vida de anacoretas medievales. En la cueva hay dos capillas: la de la Virgen y la de Santa María Magdalena. Parece la cueva pendiente de las montañas sobre el abismo. El primer poblado, que fue inicial Romería a la Balma, se dice haber sido Castellonet, de la provincia de Aragón. La grande y anual Romería de la Balma comenzó en el siglo XV, en el año de gracia de 1408. Luego, a la tradición creada por Castellonet, se agregaron Morella, Olocau, Palanques, Villores, Les Parres, Ortells, Anglesola, el Mas de las Matas y Xiva del Maestrazgo. Se fue difundiendo por las serranías y poblados hasta las aldeas colgadas como nidos de las cumbres de las montañas, que las Santas Marías de la Balma asperjaban, limpiaban de demonios a las posesas de Satán. Es ya proverbial esa historia. En el Concilio español de Elvira—en el siglo IV—se trató especialmente de los desgraciados «endemoniados» o posesos de las fuerzas del mal, cuyos nervios se desa-

finan y desarmonizan como arpas heridas por el soplo del Infierno, para las más extrañas sonatas de la locura y rapsodias de las enfermedades psíquicas, patológicas, paranoicas, terribles en sus alaridos histéricos, cuando suenan en las liras rotas, desgarradas del delicado organismo femenino... En aquel Concilio de Elvira, se dice que San Paulino descubrió su gran virtud de exorcista; es decir, su técnica y espiritualismo, capaz de dominar a los demonios y expulsarlos del interior de las almas... Ese mismo santo exorcista, San Paulino, escribió, certificándolo con su autoridad, que él había visto caminar cabeza abajo por la bóveda de una iglesia, a una endemoniada, «sin que sus faldas se descompusieran lo más mínimo». En la Balma, el día de la Romería, los endemoniados entran en tropel, exhalando alaridos y gritos; siempre suelen ser más las mujeres que los hombres los endemoniados. Esas «endemoniadas» entran llevadas a la fuerza, cogidas de los hombros por mocetones de robustos brazos, y avanzan con tal furia que hay que taparles las bocas espumantes y desgarradas, con sangre y espumarajos verdosos para que no se oigan ni resuenen en el templo santo las blasfemias horribles que lanzan desde ellas los demonios del Infierno... Porque, claro está, no son ellas, las pobres enfermas, las que gritan, sino el demonio que vive dentro de sus cuerpos, emponzoñándoles el espíritu; el demonio que, al verse entrar a la fuerza en el templo, no puede callar su rabia, su envidia, su dolor, su coraje...

Las enfermas son «derramadas», echadas a los pies de la Virgen María o al pie del altar de la Magdalena; algunas, atadas con sogas; a otras, las echan sobre colchonetes, que para el caso se llevan, y en torno al improvisado lecho se encienden muchos cirios bendecidos, exorcizados, especialmente para iluminar los ojos exaltados de las «endemoniadas de la Balma». Así oyen Misa y luego escuchan el sermón. Es una oratoria encendida de lágrimas—tanto como la iglesia lo está de cirios—y todas las sanas mujeres sollozan imprecando, rogando a las Santas Marías, que limpien de demonios a las «posesas» o

poseídas por el negro príncipe de las tinieblas. Entonces, el sacerdote, revestido de capa pluvial de raso púrpura y ramajes de oro, se acerca entre el humo del incienso que fluye de los braseros o acetres, y va asperjando con el hisopo el agua bendita sobre los rostros que se deshacen en llanto y se quedan como dormidos, como en trance de sueño y de muerte... Muchas levantan los brazos al cielo y sollozando claman su gratitud a Dios y a sus ángeles por haberlas sanado del mal.

Otras, que siguen «endemoniadas», se retuercen, gritan, blasfeman... Intimos y parientes les cuelgan al cuello racimos de medallas, múltiples rosarios bendecidos, estampas de santos... Y vuelven a sacarlas en brazos, a la fuerza, al aire libre de la montaña... Se oye en la cueva gritar entre lágrimas: «¡Misericordia, misericordia, Dios mío; ya estoy sana de cuerpo y de alma!» «¡Madre de Dios y Madre mía de la Balma!» «¡Gracias por tu bondad para conmigo; he sanado, respiro el sol!»...

Tullidos, mutilados, seres deformados como larvas, en sus lacras y en sus muñones, se apretujan en el pórtico de la cueva. Dentro, en el hueco de la portalada, cientos de manos arracimadas, nerviosas, tiran de la sogas de cáñamo de la campana... ¡Es un tintán, tan, tin, tilán, tan de pesadilla!... Las campanas, desde la honrada de la Edad Media, el toque de júbilo de las campanas, tiene la virtud de ahuyentar las bandadas de los demonios: ¡Tan, tan, tan, tin, tilán tan!... «Campanoe»: los bronce bien timbrados de La Campania, que se dice que por primera vez hizo resonar en el aire, en el siglo III, de la iglesia, San Paulino, obispo de Nole; San Paulino, que fue precisamente aquel que tuvo poder contra los demonios y los expulsaba del cuerpo y del alma de las mujeres heridas por la garra de fuego de Satanás...

Si la Balma es el reducto de los exorcismos contra el demonio, el peñón marítimo de la costa castellonense, Peñíscola, también parece necesitar del hisopo, del agua bendita y de las flores de fuego de los cirios.

DESDE EL DESIERTO DE LAS
PALMAS

Peñíscola está atormentada. Peñíscola tiene una llaga en sus piedras, en sus rocas medievales, por donde el mar Mediterráneo sube en espumas, en revueltas oleadas, en esas noches de tormenta y vorágine en que el espectro del enérgico «anti-Papa», don Pedro de Luna, deambulaba las torres del homenaje de su castillo-fortaleza.

La herida de las rocas de Peñíscola se llama «El bufador»: es como un ancho pozo, hondo, profundo, y allá rugen el agua del mar, allá abajo, en tanto uno descubre en el interior de la oquedad, colores de lacerías y de llagas, colores de lepra y como gritos de endemoniados...

Peñíscola fue fortaleza de una Orden caballeresca; pero lo que ha quedado como más realzable en su historia, es el haber constituido el último reducto del Pontífice del cisma de Occidente, Benedicto XIII, al cual ni su mismo consejero, Santo Fray Vicente Ferrer, pudo hacer abdicar de su jerarquía de príncipe de la Iglesia, entronizado, si no en Roma, sí en el palacio Pontifical de la ciudad de Aviñón, como Padre Santo de la Iglesia Católica...

Estuvo en las ruinas de Peñíscola, el cráneo, o mejor, la momia de aquella cabeza tozuda, aragonesa, del gran español don Pedro de Luna. Se dice que luego fue a dar esa cabeza momificada al palacio de Sabiñán, donde los condes de Argillo la guardaban en una vitrina, realizada de un trozo de brocado de púrpura.

La parte oriental del peñón mediterráneo está como cortado a pico sobre el abismo del mar.

Por la parte de la costa, un ancho sendero de arena lleva a aquel imponente peñón, que aún conserva las escaleras talladas en piedra viva, por las que el Pontífice del cisma ascendía a su templo a consagrar con su cáliz de oro y de piedras preciosas. Ese cáliz se conservó por muchos años en el templo del peñón. El Pontífice cismático, que lo fue a pesar suyo y de su infinita religiosidad, murió a los noventa años, en el de 1423 de la Era de Cristo.

Otra de las maravillas de Castellón—la última maravilla y acaso la postrera que debe visitarse para guardar mejor su celeste recuerdo—es, en Benicasim, el Desierto de las Palmas.

Suele recibir al visitante en aquella majestuosa altura que parece hecha para dialogar con Dios y sus ángeles una cuarteta que dice:

*«Hermano, una de dos,
o callar, o hablar con Dios;
que en el yermo de Teresa
el silencio se profesa.»*

¿Es un yermo? Es un yermo. Es un santo lugar de meditación callada y alivio de almas. En aquella alteza sólo es posible esperar la noche y quedar en éxtasis frente a la bóveda tachonada de grandes luceros y de estrellas divinas. Estáis aquí a setecientos metros de altura sobre el nivel del mar.

Benicasim queda allá abajo, pequeñito, en miniatura; le sabemos, sin embargo, acogedor, laborioso y grande; tiene bodegas excelentes de moscateles y almácegas y molinos... Está, en Benicasim, algo que lo une a este Desierto de las Palmas, de monjes carmelitas, donde antiguamente cada uno de los monjes tenía su pequeña ermita, su refugio, su cenobio en que vivía entre cipreses y cráneos que le recordasen la hora de la muerte para edificación del alma. Pero lo que une a Benicasim con el desierto de los eremitas del Carmelo, es la fábrica del rico licor Carmelitano, que aquellos monjes de antaño inventaron y escribieron sus fórmulas, mezclas de hierbas aromáticas de las montañas que ellos habían descubierto y seleccionado.

Desde tales alturas, volvéis a abrazar a Castellón y todos sus caminos, caseríos y pueblos, con la mirada: a la diestra veis las agujas de Santa Ana, unos bermejitos caparazones de picachos grises, cárdenos

violeta, flanqueados de pinos que revisten las moles de la montaña de un rico tapiz de terciopelo verde oscuro. En el fondo, veis los flancos abruptos de una barrancada, marañas de malezas, las hierbas olorosas que luego serán denso licor que confortará el espíritu de melancólicos y enfermos...

Todo, a la vista, ofrece un tapizado alegórico de flores humildes franciscanas: rosas silvestres, flores de las jaras, las flores del romero cantadas por Góngora: «Las flores del romero, niña Isabel, hoy son flores azules, mañana serán miel»; las flores de los citisos y de los digitales, rojas como fraternales al corazón del hombre, pues son su medicina. Allá se eleva el monte San Miguel, y aquí os parece—en la santidad de este desierto de monjes carmelitas—el simbólico Monte Carmelo, cantado por el místico glorioso San Juan de la Cruz.

Hoy, sin monjes, el Desierto de las Palmas ofrece a los castigados por el dinamismo de la vida moderna, a los enfermos «de la prisa», de barbarie mecánica, de materialismo y maquinismo, un Santuario de bendito silencio, lleno de paz en su mística altura...

En este Desierto de las Palmas se ve algo verdaderamente conmovedor, y es, en la cima del monte San Miguel, una Cruz de forma grandiosa que llena casi el horizonte con sus brazos. A pesar de la distancia enorme que la separa del Desierto de las Palmas, la Cruz resulta «monumental»...

¡Esa Cruz! Llena el paisaje de beatitud, da una sensación de paz al silencio pun-

teado de gorriones, y alanceado de flechas de golondrinas y de venajos...

* * *

Bien quisiera no haber olvidado nada—en el escaso espacio material de estas páginas—de lo que Castellón ha sido, de lo que es actualmente y de lo que será en el brillantísimo porvenir que le aguarda...

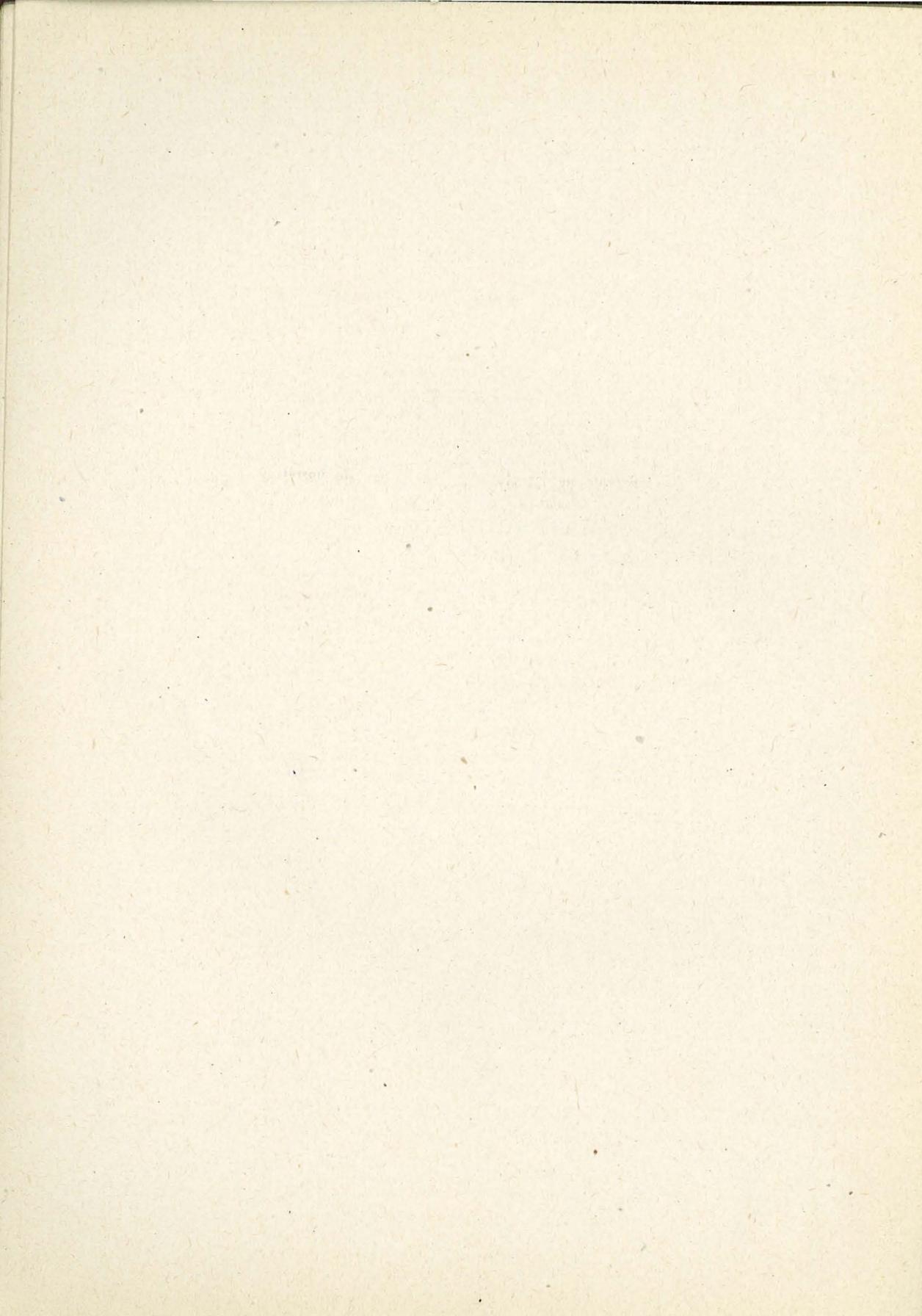
Brillantísimo—modernizándose bellamente— será el Castellón de treinta o treinta y cinco años adelante...

Así lo deseamos nosotros sus fervientes admiradores.

Ahora bien, estamos seguros, bien seguros, de que nunca Castellón, el de la hermosa Plana, perderá el amor a sus tradiciones, y que todos los marzos marceros, con el plenilunio en su cielo de encanto, celebrará la cabalgata de las «Cayadas» luminosas...

Sí, todos los años—marzo tras marzo, florido de retamas y romeros—, revestido con sus trajes de gran gala, su escuadra de batidores, abrirá marcha haciendo ale-tear la bandera de España, en su cielo azul, y los trompeteros del rey don Jaime I de Aragón, llenarán el viento de trompeterías doradas al paso de los Caballeros de la Reconquista, en sus blancos corceles gualdrapados de damascos y sedas de brillantes colores.

Es la tradición que perdura. Y perdurará por los siglos de los siglos, mientras la leyenda, con su aureola de oro, circunde las cumbres de Morella, de San Mateo, de Peñagolosa.



INDICE

	<u>Págs.</u>
I. Del llano a la montaña. Tesoros de folklore	3
II. La lealtad al origen	5
III. La cabalgata de las «Cayatas», expresión de nostalgia caballeresca	8
IV. La ciudad y sus valores	13
V. La montaña caballeresca: Morella y San Mateo ...	19
VI. La Balma y Peñíscola	23
VII. Desde el Desierto de las Palmas	26

TITULOS PUBLICADOS

- N.º 1.—Vista, suerte y al toro (2.ª edición).
~~N.º 2.—Fiestas y ferias de España. (2.ª edición).~~
~~N.º 3.—Artesanía (2.ª edición).~~
~~N.º 4.—Los territorios españoles del Golfo de Guinea.~~
~~N.º 5.—El crucero «Baleares» (2.ª edición).~~
~~N.º 6.—Palla, Granados y Albéniz (2.ª edición).~~
~~N.º 7.—Conquista por el terror.~~
~~N.º 8.—España en los altares (2.ª edición).~~
~~N.º 9.—La gesta del Alto de los Leones (2.ª edición).~~
~~N.º 10.—Ex combatientes.~~
~~N.º 11.—La batalla de Teruel (2.ª edición).~~
~~N.º 12.—Vida y obra de Menéndez y Pelayo (2.ª edición).~~
~~N.º 13.—Residencias de verano.~~
~~N.º 14.—Españoles esclavos en Rusia.~~
~~N.º 15.—La batalla del Ebro (2.ª edición).~~
~~N.º 16.—Clima, suelo y agricultura (2.ª edición).~~
~~N.º 17.—Eliminados.~~
~~N.º 18.—La batalla de Brunete (2.ª edición).~~
~~N.º 19.—La industrialización de España.~~
~~N.º 20.—La casa tradicional en España (2.ª edición).~~
~~N.º 21.—El general Yagüe (2.ª edición).~~
~~N.º 22.—Museos (2.ª edición).~~
~~N.º 23.—Oviedo, ciudad laureada (2.ª edición).~~
~~N.º 24.—Frentes del Sur (2.ª edición).~~
~~N.º 25.—División Azul.~~
~~N.º 26.—Donoso Cortés (2.ª edición).~~
~~N.º 27.—Regeneración del preso (2.ª edición).~~
~~N.º 28.—La «semana trágica» de Barcelona (3.ª edición).~~
~~N.º 29.—Calvo Sotelo (2.ª edición).~~
~~N.º 30.—Bordados y encajes (2.ª edición).~~
~~N.º 31.—Seis poetas contemporáneos (2.ª edición).~~
~~N.º 32.—El general Mola (2.ª edición).~~
~~N.º 33.—Mapa gastronómico (2.ª edición).~~
~~N.º 34.—Orellana, descubridor del Amazonas (2.ª edición).~~
~~N.º 35.—«Yo, el vino» (2.ª edición).~~
~~N.º 36.—El teatro (2.ª edición).~~
~~N.º 37.—Victor Pradera (2.ª edición).~~
~~N.º 38.—El Alcázar no se rinde (2.ª edición).~~
~~N.º 39.—Onésimo Redondo (2.ª edición).~~
~~N.º 40.—Ciudades de lona (2.ª edición).~~
~~N.º 41.—Nuestro paisaje (2.ª edición).~~
~~N.º 42.—Fray Junipero Serra (2.ª edición).~~
~~N.º 43.—Pedro de Valdivia (2.ª edición).~~
~~N.º 44.—Andalucía (2.ª edición).~~
~~N.º 45.—Marruecos.~~
~~N.º 46.—Agricultura y Comercio (2.ª edición).~~
~~N.º 47.—Escritores asesinados por los rojos (2.ª edición).~~
~~N.º 48.—Baleares (2.ª edición).~~
~~N.º 49.—El comunismo en España.~~
~~N.º 50.—Luchas internas en la Zona Roja (3.ª edición).~~
~~N.º 51.—Navarra (2.ª edición).~~
~~N.º 52.—Cataluña (2.ª edición).~~
~~N.º 53.—La Marina Mercante (2.ª edición).~~
~~N.º 54.—Las «checas» (2.ª edición).~~
~~N.º 55.—El mar y la pesca (2.ª edición).~~
~~N.º 56.—Rosales.~~
~~N.º 57.—Hernán Cortés (2.ª edición).~~
~~N.º 58.—Españoles en Argelia.~~
~~N.º 59.—Galicia y Asturias (2.ª edición).~~
~~N.º 60.—Leyes fundamentales del Reino (4.ª edición).~~
~~N.º 61.—Medicina del Trabajo.~~
~~N.º 62.—El cante andaluz (2.ª edición).~~
~~N.º 63.—Las Reales Academias (2.ª edición).~~
~~N.º 64.—Jaca (2.ª edición).~~
~~N.º 65.—José Antonio (2.ª edición).~~
~~N.º 66.—La Navidad en España (2.ª edición).~~
~~N.º 67.—Canarias (2.ª edición).~~
~~N.º 68.—El bulo de los caramelos emvenenados (2.ª edición).~~
~~N.º 69.—Rutas y caminos (2.ª edición).~~
~~N.º 70.—Un año turbio (2.ª edición).~~
~~N.º 71.—Historia de la segunda República (3.ª edición).~~
~~N.º 72.—Fortuny (2.ª edición).~~
~~N.º 73.—El Santuario de Santa María de la Cabeza (2.ª edición).~~
~~N.º 74.—Mujeres de España (2.ª edición).~~
~~N.º 75.—Valladolid (la ciudad más romántica de España) (2.ª edición).~~
~~N.º 76.—La Guinea española (2.ª edición).~~
~~N.º 77.—El general Varela (2.ª edición).~~
~~N.º 78.—Lucha contra el paro (2.ª edición).~~
~~N.º 79.—Sorta (2.ª edición).~~
~~N.º 80.—El aceite (2.ª edición).~~
~~N.º 81.—Eduardo de Hinojosa (2.ª edición).~~
~~N.º 82.—El Consejo Superior de Investigaciones Científicas (2.ª edición).~~
~~N.º 83.—El marqués de Comillas (2.ª edición).~~
~~N.º 84.—Pizarro (2.ª edición).~~
~~N.º 85.—Héroes españoles en Rusia.~~
~~N.º 86.—Jiménez de Quesada (2.ª edición).~~
~~N.º 87.—Extremadura (2.ª edición).~~
~~N.º 88.—De la República al comunismo (I y II cuadernos) (2.ª edición).~~
~~N.º 89.—De Castilblanco a Casas Viejas (3.ª edición).~~
~~N.º 90.—Raimundo Lulló.~~
~~N.º 91.—El género lírico (2.ª edición).~~
~~N.º 92.—La Legión española (2.ª edición).~~
~~N.º 93.—El caballo andaluz (2.ª edición).~~
~~N.º 94.—El Sahara español.~~
~~N.º 95.—La lucha antituberculosa en España.~~
~~N.º 96.—El ejército español (2.ª edición).~~
~~N.º 97.—El Museo del Ejército (2.ª edición).~~
~~N.º 98.—1898: Cuba y Filipinas (2.ª edición).~~
~~N.º 99.—Gremios artesanos (2.ª edición).~~
~~N.º 100.—La Milicia Universitaria (2.ª edición).~~
~~N.º 101.—Universidades gloriosas (2.ª edición).~~
~~N.º 102.—Proyección Cultural de España.~~
~~N.º 103.—Valencia (2.ª edición).~~
~~N.º 104.—Cuatro deportes.~~
~~N.º 105.—Formación profesional.~~
~~N.º 106.—El Seguro de Enfermedad.~~
~~N.º 107.—Refranero español (2.ª edición).~~
~~N.º 108.—Ramiro de Maeztu (2.ª edición).~~
~~N.º 109.—Pintores españoles (I) (2.ª edición).~~
~~N.º 110.—Primera guerra carlista (2.ª edición).~~
~~N.º 111.—Segunda guerra carlista (2.ª edición).~~
~~N.º 112.—Avicultura y Cunicultura.~~
~~N.º 113.—Escultores españoles (2.ª edición).~~
~~N.º 114.—Levante (2.ª edición).~~
~~N.º 115.—Generales carlistas (I) (2.ª edición).~~
~~N.º 116.—Castilla la Vieja (2.ª edición).~~
~~N.º 117.—Un gran pedagogo: el Padre Manjón (2.ª edición).~~
~~N.º 118.—Togliatti y los suyos en España.~~
~~N.º 119.—Inventores españoles (2.ª edición).~~
~~N.º 120.—La Mancha (2.ª edición).~~
~~N.º 121.—Valdéz de Mella (2.ª edición).~~
~~N.º 122.—Revalorización del campo (2.ª edición).~~
~~N.º 123.—Traje regional (2.ª edición).~~
~~N.º 124.—Reales fábricas (2.ª edición).~~
~~N.º 125.—Devoción de España a la Virgen (2.ª edición).~~
~~N.º 126.—Aragón (2.ª edición).~~
~~N.º 127.—Santa Teresa de Jesús (2.ª edición).~~
~~N.º 128.—La zarzuela (2.ª edición).~~
~~N.º 129.—La quema de conventos (2.ª edición).~~

- N.º 130.—La Medicina española contemporánea (2.ª edición).
 N.º 131.—Pernán y Foxá.
 N.º 132.—Monasterios españoles (2.ª edición).
 N.º 133.—Balmes (2.ª edición).
 N.º 134.—La primera República (2.ª edición).
 N.º 135.—Tánger.
 N.º 136.—Autos Sacramentales (2.ª edición).
 N.º 137.—Madrid (2.ª edición).
 N.º 138.—General Primo de Rivera.
 N.º 139.—Iruñ.
 N.º 140.—General Sanjurjo (2.ª edición).
 N.º 141.—Legazpi (2.ª edición).
 N.º 142.—La Semana Santa (2.ª edición).
 N.º 143.—Castillos (2.ª edición).
 N.º 144.—Imagineros (2.ª edición).
 N.º 145.—Granada (2.ª edición).
 N.º 146.—El anarquismo contra España (2.ª edición).
 N.º 147.—Baños regionales (2.ª edición).
 N.º 148.—Conquista de Venezuela (2.ª edición).
 N.º 149.—Figuras del toreo (2.ª edición).
 N.º 150.—Málaga (2.ª edición).
 N.º 151.—Jorge Juan (2.ª edición).
 N.º 152.—Protección de menores.
 N.º 153.—San Isidro (2.ª edición).
 N.º 154.—Navarra y sus reyes (2.ª edición).
 N.º 155.—Vida pastoril.
 N.º 156.—Segovia (2.ª edición).
 N.º 157.—Valeriano Bécquer (2.ª edición).
 N.º 158.—Canciones populares.
 N.º 159.—La Guardia Civil.
 N.º 160.—Tenerife.
 N.º 161.—La Cruz Roja.
 N.º 162.—El acervo forestal.
 N.º 163.—Prisioneros de Teruel (2.ª edición).
 N.º 164.—El Greco (2.ª edición).
 N.º 165.—Ruiz de Alda.
 N.º 166.—Playas y puertos (2.ª edición).
 N.º 167.—Béjar y sus paños.
 N.º 168.—Pintores españoles (II) (2.ª edición).
 N.º 169.—García Morente.
 N.º 170.—La Rioja.
 N.º 171.—La dinastía carlista (2.ª edición).
 N.º 172.—Tapicería española.
 N.º 173.—Glorias de la Policía.
 N.º 174.—Palacios y jardines (2.ª edición).
 N.º 175.—Villamartín.
 N.º 176.—El toro bravo (2.ª edición).
 N.º 177.—Lugares colombinos (2.ª edición).
 N.º 178.—Córdoba (2.ª edición).
 N.º 179.—Periodismo (2.ª edición).
 N.º 180.—Pizarras bituminosas.
 N.º 181.—Don Juan de Austria (2.ª edición).
 N.º 182.—Aeropuertos.
 N.º 183.—Alonso Cano.
 N.º 184.—La Mancha.
 N.º 185.—Pedro de Alvarado
 N.º 186.—Calatañazor.
 N.º 187.—Las Cortes tradicionales.
 N.º 188.—Consulado del Mar.
 N.º 189.—La novela española en la posguerra.
 N.º 190.—Talavera de la Reina y su comarca.
 N.º 191.—Pensadores tradicionalistas.
 N.º 192.—Soldados españoles.
 N.º 193.—Fray Luis de León (2.ª edición).
 N.º 191.—La España del XIX vista por los extranjeros.
 N.º 195.—Valdés Leal.
 N.º 196.—Las cinco villas de Navarra (2.ª edición).
 N.º 197.—El moro vizcaíno.
 N.º 198.—Canciones infantiles.
 N.º 199.—Alabarderos.
 N.º 200.—Numancia y su Museo.
 N.º 201.—La Enseñanza Primaria.
 N.º 202.—Artillería y artilleros.
 N.º 203.—Mujeres ilustres.
 N.º 204.—Hierros y rejería.
 N.º 205.—Museo Histórico de Pamplona.
 N.º 206.—Españoles en el Atlántico Norte.
 N.º 207.—Los guanches y Castilla.
 N.º 208.—La Mística.
 N.º 209.—La comarca del Cebreiro.
 N.º 210.—Fernando III el Santo (2.ª edición).
 N.º 211.—Leyendas de la vieja España (2.ª edición).
 N.º 212.—El valle de Roncal (2.ª edición).
 N.º 213.—Conquistadores españoles en Estados Unidos (2.ª edición).
 N.º 214.—Mercados y ferias.
 N.º 215.—Revistas culturales de posguerra.
 N.º 216.—Biografía del Estrecho.
 N.º 217.—Apicultura.
 N.º 218.—España y el mar (2.ª edición).
 N.º 219.—La minería en España.
 N.º 220.—Puertas y murallas.
 N.º 221.—El cardenal Benlloch.
 N.º 222.—El paisaje español en la pintura (I).
 N.º 223.—El paisaje español en la pintura (II).
 N.º 224.—El indio en el régimen español.
 N.º 225.—Las leyes de Indias.
 N.º 226.—El duque de Gandía.
 N.º 227.—El tabaco.
 N.º 228.—Generales carlistas (II).
 N.º 229.—Un día de toros (2.ª edición).
 N.º 230.—Carlos V y el Mediterráneo.
 N.º 231.—Toledo (2.ª edición).
 N.º 232.—Lope, Tirso y Calderón.
 N.º 233.—La Armada Invencible.
 N.º 234.—Riegos del Guadalquivir.
 N.º 235.—La ciencia hispanoárabe.
 N.º 236.—Tribunales de Justicia.
 N.º 237.—La guerra de la Independencia.
 N.º 238.—«Plan Jaén».
 N.º 239.—Las fallas.
 N.º 240.—La caza en España.
 N.º 241.—Jovellanos.
 N.º 242.—«Plan Badajoz».
 N.º 243.—La Enseñanza Media.
 N.º 244.—«Plan Cáceres».
 N.º 245.—El valle de Salazar.
 N.º 246.—San Francisco el Grande.
 N.º 247.—Masas corales.
 N.º 248.—Isla de Fernando Poo.
 N.º 249.—Leonardo Alenza.
 N.º 250.—Vaqueiros de alzada.
 N.º 251.—Iradier.
 N.º 252.—Teatro romántico.
 N.º 253.—Biografía del Ebro.
 N.º 254.—Zamora.
 N.º 255.—La Reconquista.
 N.º 256.—Gayarre (2.ª edición).
 N.º 257.—La Heráldica.
 N.º 258.—Sevilla (2.ª edición).
 N.º 259.—La Primera Guerra Civil.
 N.º 260.—Murcia.
 N.º 261.—Aventureros españoles.
 N.º 262.—Barceló.
 N.º 263.—Biografía del Tajo.
 N.º 264.—España misionera.
 N.º 265.—Cisneros y su época.
 N.º 266.—Jerez y sus vinos.
 N.º 267.—Balboa y Magallanes-Elcano.
 N.º 268.—La imprenta en España.
 N.º 269.—Ribera.
 N.º 270.—Teatro contemporáneo.
 N.º 271.—Felipe II (2.ª edición).
 N.º 272.—El Romanticismo.
 N.º 273.—Cronistas de Indias.
 N.º 274.—Tomás Luis de Victoria.
 N.º 275.—Retratos reales.
 N.º 276.—Los Amantes de Teruel.
 N.º 277.—El corcho.
 N.º 278.—Zurbarán, Velázquez y Murillo.
 N.º 279.—Santo Tomás de Villanueva.
 N.º 280.—El algodón.
 N.º 281.—Blas de Lezo.
 N.º 282.—Españoles en el Plata.
 N.º 283.—Catalanes y aragoneses en el Mediterráneo.
 N.º 284.—Medicina en refranes.
 N.º 285.—Biografía del Duero.
 N.º 286.—La ruta del golf.
 N.º 287.—Ávila.
 N.º 288.—San Antonio de los Alemanes.
 N.º 289.—Lucio Cornelio Balbo.
 N.º 290.—El abanico.

- ~~N.º 291.~~—Alicante.
 N.º 292.—Red Nacional de Silos.
~~N.º 293.~~—Los Vidrios.
 N.º 294.—La Siderurgia de Avilés (2.ª edición).
~~N.º 295.~~—Cerámica.
 N.º 296.—La Casa de la Moneda.
 N.º 297.—El cuento.
~~N.º 298.~~—El Golfo de Vizcaya (2.ª edición).
~~N.º 299.~~—Las fiestas de San Antón.
~~N.º 300.~~—Cáceres (2.ª edición).
 N.º 301.—Alonso de Madrigal.
 N.º 302.—El Correo.
~~N.º 303.~~—El Escorial (2.ª edición).
~~N.º 304.~~—Spínola (2.ª edición).
~~N.º 305.~~—El Bierzo.
 N.º 306.—La Lotería.
 N.º 307.—La electrificación (2.ª edición).
~~N.º 308.~~—Cuenca (2.ª edición).
~~N.º 309.~~—Albergues y Paradores (2.ª edición).
~~N.º 310.~~—Viajes menores (2.ª edición).
~~N.º 311.~~—Huelva.
 N.º 312.—Industria textil (2.ª edición).
 N.º 313.—Flores de España.
 N.º 314.—Los gitanos (2.ª edición).
~~N.º 315.~~—Cordillera Ibérica (2.ª edición).
~~N.º 316.~~—Aranjuez (2.ª edición).
 N.º 317.—Aprovechamientos hidráulicos.
 N.º 318.—Concentración parcelaria.
 N.º 319.—Colegios Mayores.
 N.º 320.—Instituto Nacional de Colonización.
~~N.º 321.~~—La Cartuja de Granada.
~~N.º 322.~~—Los Monegos.
 N.º 323.—Cancionero Popular carlista.
 N.º 324.—Ríos salmoneros.
~~N.º 325.~~—León (2.ª edición).
~~N.º 326.~~—De las Hermandades al Somatén.
~~N.º 327.~~—Ganadería.
 N.º 328.—Museo y Colegio del Patriarca.
 N.º 329.—Política Internacional.
~~N.º 330.~~—Pesca Fluvial (2.ª edición).
 N.º 331.—El agro.
~~N.º 332.~~—Santiago de Compostela (2.ª edición).
~~N.º 333.~~—Fronteras.
 N.º 334.—Las piratas.
 N.º 335.—Literatura gallega actual.
 N.º 336.—Arboles frutales.
~~N.º 337.~~—Burgos (2.ª edición).
 N.º 338.—Farmacopea (2.ª edición).
~~N.º 339.~~—Biografía del Jalón (2.ª edición).
 N.º 340.—Instituto Social de la Marina.
~~N.º 341.~~—Carlos V (2.ª edición).
~~N.º 342.~~—Biografía del Guadalquivir.
~~N.º 343.~~—Lérida.
~~N.º 344.~~—Alava.
 N.º 345.—La huerta valenciana.
~~N.º 346.~~—Universidades.
~~N.º 347.~~—Catedrales.
~~N.º 348.~~—El Maestrazgo.
~~N.º 349.~~—San Sebastián.
 N.º 350.—Filatelia.
~~N.º 351.~~—La Costa Brava.
~~N.º 352.~~—Los señaldes.
~~N.º 353.~~—Romerías.
~~N.º 354.~~—El Arte en la época de Carlos V.
~~N.º 355.~~—Biografía de la Cordillera Central.
 N.º 356.—Industria Química.
 N.º 357.—La sidra.
 N.º 358.—El mueble.
 N.º 359.—Equitación.
 N.º 360.—Servicios postales.
~~N.º 361.~~—La Costa del Sol.
 N.º 362.—La paloma deportiva.
 N.º 363.—Aprovechamientos térmicos.
~~N.º 364.~~—La Albufera.
~~N.º 365.~~—Red Nacional de Frigoríficos.
~~N.º 366.~~—La población.
~~N.º 367.~~—El mercurio.
~~N.º 368.~~—Cádiz.
 N.º 369.—Industrias del cuero.
 N.º 370.—«Plan Zaragoza».
 N.º 371.—Arquitectura moderna.
~~N.º 372.~~—Cartagena Industrial.
 N.º 373.—La industria del papel.
~~N.º 374.~~—Federico Chueca.
~~N.º 375.~~—Gijón.
~~N.º 376.~~—Museo del Prado.
~~N.º 377.~~—Los Pirineos.
~~N.º 378.~~—Bárbara de Braganza.
~~N.º 379.~~—La Alcarria.
~~N.º 380.~~—Sorolla.
~~N.º 381.~~—Zaragoza.
~~N.º 382.~~—Molinos de viento.
 N.º 383.—Africa en las navegaciones españolas.
 N.º 384.—El tomate.
~~N.º 385.~~—Guadalupe.
~~N.º 386.~~—Ausias March.
~~N.º 387.~~—La Banda Municipal.
~~N.º 388.~~—Medinaceli.
~~N.º 389.~~—El hierro.
~~N.º 390.~~—Gandia.
 N.º 391.—Investigación agronómica.
 N.º 392.—Coches y carrozas.
 N.º 393.—Fibras textiles.
 N.º 394.—La sal.
 N.º 401.—La causa general.
 N.º 402.—La tierra quemada.

57
 58
 59